

El viaje de Cristina a Caldera no pinta para nada bien: se reencontrará con unos tíos a quienes ha visto poco y nada, y permanecerá lejos de su madre y de su padre, quien se debate entre la vida y la muerte. Siente que la han hecho a un lado y está enfadada por eso. Pero en el Norte la espera un nuevo amor y los mensajes de su hermano muerto, que la prepararán para enfrentar en vida los miedos que acarrea la muerte. La historia de Cristina se entremezcla con la de Víctor Emilio Baquero, un ser especial que se comunica con las ánimas de los muertos y que es, además, abuelo de Ernesto, el joven que hace que el corazón se le atragante y sus pies se vuelvan de lana.

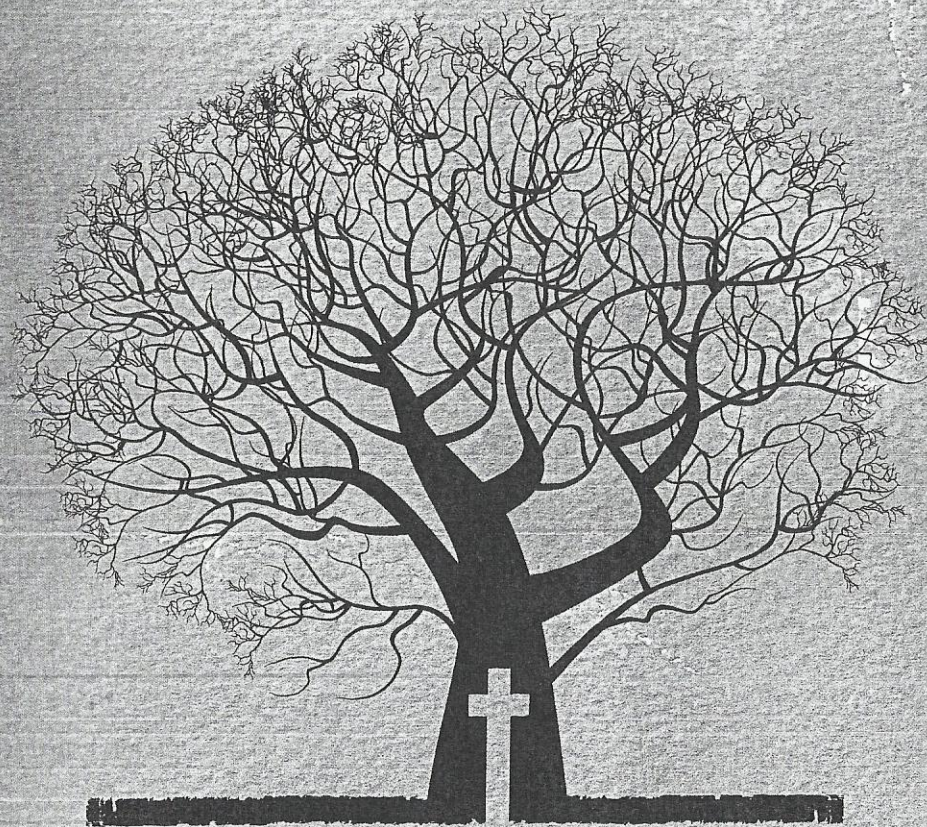


CÓDIGO: 20746

I.S.B.N.: 978-956-12-2721-7



EL ANIMERO DEL DESIERTO | SARA BERTRAND | ZIG-ZAG



EL ANIMERO DEL DESIERTO

SARA BERTRAND

ZIG-ZAG



CAPÍTULO I

TENÍA tanta rabia que no quise oírla. Su voz sonó, pero no la escuché. En cambio, me concentré en las arrugas que se le formaban en la comisura de los labios y en esa forma cargante de enfatizar sus palabras con un movimiento apresurado de las manos, como si le hablara a un sordomudo o a una niñita, y yo ya no era una niña, ¿cuándo lo iba a entender?

Dijo:

—Cuando llegues a Copiapó tienes que tomar un *transfer* hasta Caldera. ¿Me oyes? No pierdas tiempo, primero asegúrate un cupo en el *transfer*. Después, puedes comprarte algo para comer o qué se yo.

—Llevo el celular —intenté acallarla.

–Si sé, pero no te servirá de nada si te quedas en medio del desierto, ¿me entiendes? Asegúrate un cupo en el *transfer*, después haces lo que quieras.

–¿Por qué lo repites todo, mamá?

–Porque ¡mírate no más!, estás en la luna –dijo tomándome la cara con las manos.

Me corrí bruscamente.

–Déjame –le pedí.

–Dame un abrazo –insistió.

–No seas latera, mamá –reclamé, pero no era aburrimiento, sino una furia que me erizaba los pelos. Apreté los dientes y pregunté: –¿Qué más quieres?

–Que le des un abrazo a tu madre –pidió y no sé por qué la dejé abrazarme. No se lo merecía. Me mandaba a Caldera para deshacerse de mí y eso no se lo iba a perdonar. Pretendía que creyera su historia de que serían unas vacaciones estupendas... Ja. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo, aunque lo disimulara con frases como “será un tiempo maravilloso; conocerás el desierto, ¿no te emociona?”. No, no me emocionaba, me apartaba de la casa sin pensar en mí y como era un estorbo para ella, prefería sacarme de escena. Esa era la verdad. Me temblaban los labios de la rabia.

–Suéltame –le pedí con indiferencia impostada. No quería que me vieran abrazada a ella como una niña.

Me soltó y exhaló cansada.

–Algún día vas a entender –dijo con los ojos llenos de lágrimas.

Hice como si no la hubiera escuchado.

–¿Necesitas dinero?

–No.

–¿Llevas todas tus cosas?

–En la mochila.

–¿Recuerdas lo que te pedí?

–Me lo dijiste mil veces, mamá.

–Para mí también es difícil...

–No parece –dije y me arrepentí de inmediato, pues no quería que sospechara mi enojo ni menos que adivinara la pena que tenía apretándome la garganta. Quería que sufriera mi indiferencia, que se arrepintiera de mandarme lejos y que me rogara para que me quedara en la casa.

En un movimiento inesperado, me besó en la frente.

–¡Hey! –alegué– eres tú la que me obligaste a viajar.

–Es necesario, ya lo entenderás.

–Ya me lo dijiste –contesté y se me cerró la garganta, pero no le di el gusto de verme llorar. No se lo merecía. Mi mamá no se merecía nada. En ese momento, la odiaba.

–¡Ya!, ándate de una vez –dijo señalando la puerta de embarque con ojos llorosos.

Tuve una sensación parecida al hambre o a la fatiga, pero no dije nada. Di media vuelta, me ajusté los audífonos, encendí mi Ipod y caminé hasta el avión. Una vez dentro subí el volumen al máximo:

Cuando memorices todos sus recovecos

y decidas otra vez regresar

ya no estaré aquí en el mismo lugar, cantaba Shakira en medio de una batería rockera que me tranquilizó y lloré por primera vez en esos dos largos meses.

CAPÍTULO II

NO miré por la ventanilla como me pidió expresamente que lo hiciera. Lloré todo el camino y ese diminuto acto de rebeldía me sentó bien, aun cuando mi madre no podría reprocharme. Solo el hecho de pensar que más tarde me preguntaría si había visto cómo se veía Santiago, el desierto y la cordillera, y yo le contestaría que no, que no había visto nada de nada, porque no me asomé a la ventanilla ni una sola vez, me alegró. Se pondría furiosa y diría que vivo en la luna y que para qué pagó un viaje en avión si lo mismo hubiese sido que tomara un bus.

¿Para qué confesar que lloré el camino entero? Además, lo del llanto fue una sorpresa incluso para

mí. Llevaba tanto tiempo aguantándome la pena que pensé que no lo haría nunca.

No lloré cuando mi papá vomitó en el comedor y se cayó como muerto de la silla. Recuerdo que corrí a llamar a mi mamá —que había salido de la casa— y volví sobre mi padre. Le golpeé el pecho intentando reanimarlo, pero un hilo de sangre se le escapó por la boca. Volví al teléfono y llamé a una ambulancia. Regresé donde mi papá y comprobé que tenía pulso. Nuevamente, le golpeé el pecho y grité: “¡Papá, papá!”, pero él seguía sin reaccionar y no logré moverlo ni un centímetro porque pesaba como un saco de papas y volví a gritar:

—¡Ayúdenme!, ¡ayúdenme, por favor!

Después de un tiempo que se me hizo eterno, apareció mi mamá y la ambulancia. Se lo llevaron y me dejaron en la casa. Nadie me llamó para decir si estaba vivo o muerto. Me quedé esperando una señal o que me fueran a buscar, que las cosas, para bien o para mal, se resolvieran. Y aun así, no lloré. Tampoco lo hice cuando llegó mi tía Clara para llevarme a la clínica y mis tíos y primos me recibieron con cara de funeral, se me fueron encima para abrazarme y decirme que podía contar con ellos, que todo iba a estar bien. Pensé que mi papá se había muerto y, en un principio, ni siquiera me atreví a preguntar.

Tampoco lloré durante esa larga estadía en la clínica. Me mantuve seria, contenida, como si algo se me hubiese atascado en la garganta. De hecho, cada vez que tragaba sentía que un bulto me impedía respirar.

En esos días me impresionó mucho mi mamá. Mientras yo andaba torpe, sin saber bien qué hacer o qué era lo que esperaban de mí, ella se ubicó rápidamente y comandó la asistencia a mi papá sin flaquear. Como una enfermera más. Se preocupó de cambiarle el pijama diariamente, de frotarle crema en las piernas, de secarle el sudor de la frente y del cuello. Parecía rejuvenecida por el dolor, con una energía ilimitada para derrocharla en mi papá. Eso me conmovió.

Entonces, pensé que lloraría cuando volviéramos a casa, pero diez días después, al regresar, no hubo momento para ninguna clase de intimidación. Mi casa estaba llena de gente, pues a mi papá lo trasladaron apenas logró salir de su estado crítico, pero con un diagnóstico incierto y difícil: parálisis corporal del lado izquierdo y afasia. En otras palabras, estaba fuera de peligro de muerte, pero no podía valerse por sí mismo. Así es que lo instalaron en una cama-clínica, con un respirador en caso de emergencia y un turno de enfermeras que rotaron por la casa. A veces, muy pocas, lo encontraba solo y le miraba su cara pálida con su vista perdida en un mundo al que no tenía acceso.

Mis tías, que se turnaban para acompañarnos, insistían en que le hablara, que le dijera que lo quería, pero yo temía verbalizar mis sentimientos, como si el hecho de contarle cara a cara que me daba susto pensar en que se muriera, que temía por nuestra vida, por ese tiempo que nos había abandonado y que probablemente no recuperaríamos jamás, haría

evidente algo que lo era para cualquiera, porque todo era distinto en mi casa, partiendo por él, por mí, que me sentía distinta, sin lugar, sin espacio, sin una familia. Sin nada.

Los almuerzos de los sábados se acabaron. En su lugar, comenzamos a reunirnos por las mañanas, a la hora del desayuno, durante el cambio de turno de las enfermeras. A esa hora, mi mamá preparaba café y se sentaba exhausta en la mesa de la cocina. Mecánicamente contaba cómo estuvo mi papá, si logró dormir, si se quejó y cómo se quejó, si le subió la presión o bajó la fiebre, si abrió los ojos o movió alguna parte del cuerpo. Escuchaba sus palabras con un nudo en la garganta, con ganas de que me acurrucara y me dijera que era una pesadilla y que me despertaría en cualquier momento, que todo volvería a ser como antes. Con el paso de los días perdí esa ilusión y me conformé con las mañanas.

Creí que lloraría cualquier mañana mientras la escuchaba, que se desataría la pena que tenía contenida en la garganta, pero no.

Me llené de rabia. Una rabia con poder destructor. Una rabia que me hizo irme contra mi propio mundo. Las primeras en darse cuenta fueron mis mejores amigas, porque en vez de recibirlas con cariño, les pedí que me dejaran en paz, que se fueran a la mierda si querían, pero que no me preguntaran más cómo estaba mi papá. Con los únicos que seguí conversando fueron mis contactos del chat, esos muchos amigos con quienes hablábamos estupideces porque no tenían idea lo que estaba viviendo y me

gustaba simular que nada pasaba realmente, que podía seguir coqueteando con chicos de mi edad y mandando mensajes como si fuera la misma.

Me imagino que a mis mejores amigas les resultó difícil ponerse en mi lugar, porque las traté mal, les dije pesadeces. Es que me hostigaban, me llamaban todo el día, me convidaban al mall o a ver alguna película y yo iba de mala gana, sintiéndome culpable por dejar a mi papá, por abandonar a mi mamá que trabajaba todo el día y porque íntimamente temía que mi papá abriera los ojos y preguntara por mí y yo no estuviera, o, peor, que estuviera, pero no me reconociera. Temía que me avisaran que la mancha instalada en su cerebro se había expandido por toda la cabeza y que había muerto. A veces, me aterrorizaban pensamientos oscuros, terrores humanos, pero perversos, como que mi papá despertara loco, enajenado, enfurecido con su propia incapacidad; o que entrara a mi pieza y me mirara desde los pies de mi cama minutos antes de volarse la cabeza con una pistola. Esas pesadillas me impedían quedarme dormida y me pasaba la noche dando vueltas en la cama.

Prefería estar en mi casa, pasar las horas esperando. Esperando algo que todavía hoy no sé nombrar, algo incierto e indefinido, o tal vez, simplemente, esperaba que sucediera un milagro. ¿Por qué no? Que mi papá se mejorara y volviera a ser quien había sido. Pero cada día que pasaba, su cara se volvía más extraña y me resultaba difícil recordar en ese rostro pálido, de mueca torcida, que babeaba como un anciano, su sonrisa, sus ojos chispeantes, sus palabras y su voz.

Es cierto que a veces lo escuchaba quejarse, pero eran unos lamentos que ni siquiera parecían humanos, sino unos alaridos salidos de unas profundidades cavernosas, como si más allá de la vida, en ese espacio desconocido que hay entre la enfermedad y la muerte, mi papá hubiese dejado de ser él mismo y se hubiese transformado en otro.

Me acostumbré a mi rutina de soledad hasta el día en que mi mamá decidió enviarme de vacaciones al norte, a Caldera, a la casa de mis padrinos.

—Pero si no los conozco —repliqué.

—Son tus padrinos —dijo mi madre revolviendo su taza de café.

—¡Mamá! ¡Apenas los he visto cuatro veces en mi vida! —no mentía, en mis quince años los había visto muy poco.

—Da igual. Ema es mi hermana y me ha llamado para invitarte. Te has pasado enero completo en Santiago y sería bueno que salgas antes de que comience el colegio —contestó poniendo fin a la discusión.

Dos semanas después me obligó a tomar este avión y a sentarme al lado de una ventanilla por la que no me asomé ni una sola vez.

CAPÍTULO III

EL *transfer* me dejó en la plaza de Caldera. Se suponía que mi tía Ema estaría ahí, pero no vi ninguna cara conocida, así es que me senté a esperar. Hacía mucho calor y una bocanada caliente lo envolvía todo. No sentía el menor apuro por llegar a la casa de un par de desconocidos, así es que me quedé sentada, paralizada de calor y de rabia.

—¿Tienes fuego?

La voz me llegó de lejos.

—¿Ah?

—Que si tienes fósforos, algún encendedor.

—No fumo —dije avergonzada al tiempo que levanté la vista. Era un chico de mi edad, bastante guapo.

—No te estaba preguntando si fumabas, solo si tenías fuego.

—Ni lo uno ni lo otro —contesté sintiendo que me sonrojaba.

—Ok.

Se alejó sin darme las gracias y se sentó un par de bancos más allá al lado de un viejo vestido de manera muy extraña. El chico le dijo algo que luego debió repetírselo en el oído. El viejo alzó la vista y se quedó mirándome. Me dio susto. ¡Lo único que faltaba!, me lamenté, un viejo verde y su ayudante soplón que vino a comprobar si estaba sola, porque si no, ¿por qué se me había acercado? Seguro que pensaron que era un blanco sencillo para asaltar o cometer algún otro delito. Eso me enfureció. ¿Qué se creían? ¡Par de delincuentes! Y aunque sentí miedo, me propuse demostrarles que no sería sencillo meterse conmigo, claro que me acoquejó pensar en lo que sucería si mi tía Ema no aparecía... Odiaba la idea de llamar a mi mamá para contarle que estaba sola en Caldera y que, pese a todas sus advertencias, la que había fallado no era yo, sino ellos. Y para colmo, me acosaba un viejo verde que quería robarme.

El anciano seguía sin despintarme la vista cuando decidí moverme para demostrarles que controlaba la situación, que no era una niña y que estaba ahí porque quería, no porque me hubiesen mandado a la casa de un par de ingratos que me dejaban plantada en una plaza. Me colgué la mochila al hombro, agarré mi bolso y caminé todo derecho por la plaza,

pasé enfrente de ellos y el viejo no dejó de mirar y quiso decirme algo, pero aceleré el paso y los perdí cuando atravesé la plaza en dirección al mar. Mis padrinos tenían una casa en la playa, no podía ser tan difícil encontrarla, pensé.

Justo antes de llegar a la costanera que iba junto al mar, entré en un restaurante y pedí una bebida. Me la tomé casi de un sorbo y estaba por volver a la calle, cuando los vi pasar. Se me retorció el estómago de impresión y terror. Pedí otra bebida y me senté en una de las mesas de plástico del local. El hombre que atendía detrás del mesón preguntó:

—¿Te sientes mal?

No le contesté.

Volvió a preguntar:

—¿Todo bien?

—¿Ah?, sí, es que tengo mucho calor —dije bajando el perfil a mi malestar.

—Estás pálida.

—Es el calor —repetí.

—¿Vienes de Santiago?

—No, de La Serena —mentí.

—Así es que una papayina —dijo— yo también soy de esa zona, de Ovalle, pero llevo 20 años en este yermo seco.

Glup. Me sentí acorralada en mi mentira y preferí pedir la cuenta.

—¿De vacaciones? —siguió el hombre.

—Algo así —contesté preparándome para arrancar.

En la calle verifiqué que no quedaran rastros de los sospechosos y enfilé hacia el mar. Pensé que tal

vez era el momento de reconocer que estaba perdida y lo apropiado era llamar a mi mamá. Sopesé mis posibilidades y la imaginé recriminándome que por qué no me había quedado en la plaza, que por qué no llamé por teléfono a mi tía Ema y que por qué otros miles de porqués. ¡Qué pereza! Mejor sería que me asaltaran antes de llamarla. “Soy grande”, me dije. Y seguí.

La playa, en ambas direcciones, era demasiado larga. ¿Hacia dónde quedaría la casa? No tenía idea. Antes de decidirme por un lado u otro, caminé hasta la orilla, me quité los zapatos, me arremangué los pantalones y metí los pies al agua. ¡Estaba congelada!, pero no alcancé a disfrutarlo, cuando los vi nuevamente. El viejo cojeando al caminar y el chico de mi edad ayudándolo de tanto en tanto. No me vieron porque enfilaron hacia el sur, recogí mis cosas rápidamente y me fui en la dirección contraria. Tenía que encontrar a mis padrinos.

CAPÍTULO IV

LA casa parecía un erizo. Una estructura de madera color café oscuro, redonda y, en vez de ventanas, cada tanto, le crecían unas puntas como lanzas de vidrio. Vista desde la playa, daba la impresión que quería lanzarse al mar, porque pese a su redondez, tenía cierta proyección en la jeta como de cohete apuntando hacia las olas. Me quedé mirándola un buen rato.

—¡Nina! —dijo una mujer que apareció por detrás de la reja. Se me abalanzó encima con vehemencia.

Hacía muchísimo tiempo que nadie me llamaba así.

Se trataba de una mujer rellena, canosa, con su pelo tomado en un tomate detrás de la nuca. La recordaba tan distinta.

—¿Tía Ema? —pregunté.

—¡Qué bueno tenerte aquí! —dijo y me apartó para mirarme con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Y cuánto has crecido, mujer! ¡Estás tan guapa! —exclamó y volvió a abrazarme.

Me sentí incómoda, pero no me atreví a deshacerme de ella.

—No te esperaba sino hasta más tarde. Había quedado con tu mamá en que te recogería en la plaza...

—Estuve en la plaza... —alcancé a decir, pero ella me interrumpió.

—Debes estar muerta de hambre —y, tomando mi bolsa, desapareció detrás de la reja. Me quedé inmóvil.

La mujer volvió a aparecer.

—¿Te quedarás ahí mucho rato? —preguntó.

Sin decir una palabra, la seguí.

Una vez dentro, desapareció por el pasillo con mi bolsa. Me quedé aguardando en la entrada, desde el living escuché el sonido amplificado de un reloj, y no me atrevía a entrar. Demasiadas emociones para un solo día, supongo.

La casa me pareció diferente. La recordaba llena de luz y personas, y ahora, no solo era oscura y solitaria, sino que parecía una selva. Tenía un par de plantas de interior que se habían tomado la casa, mimetizándose con su estructura y sus muebles. Las raíces crecían gruesas y rugosas por sus pilares, y las hojas, incluso los renuevos que cubrían los adornos de la entrada, se veían viejos. Comencé a pensar en murmullos, sin atreverme a subir el tono en esa casa suspendida en el tiempo.

Tía Ema me sacó de mis cavilaciones.

—¡Nina! ¿Te sientes bien? —preguntó acercándose para mirarme a los ojos.

—Estoy un poco mareada —mentí hablando bajito.

—¡Ven! Será mejor que te recuestes mientras te preparo algo para comer —dijo y me llevó a un cuarto pequeño, poco más allá del living, separado del pasillo por una cortina de bambú. Tenía un ventanal que daba al mar y pegado a él, una cama. Me dio la impresión que mis tíos hacía mucho tiempo que no recibían a nadie y que esa pieza que ofrecían, acababan de armarla para mí.

—Aquí puedes guardar tus cosas —señaló un pequeño clóset a un costado de la pieza.

—Ok.

—¿Trajiste toalla? —preguntó con interés.

—Sííí... —estiré el monosílabo sin saber a qué iba la pregunta.

—¡Ah!, porque aquí te había dejado una para ti —contestó recogiendo la toalla del clóset y continuó—: Bueno, te llamaré cuando tenga lista la comida, ¿te parece? ¿Qué esperaba que dijera?

Apenas desapareció detrás de la cortina, me tiré sobre la cama y me quedé dormida. Desperté de noche, la casa estaba en silencio. Solo escuché el tic-tac del reloj del living. Tenía hambre y sed, pero no quise levantarme. Estaba cansada y triste. Preferí dar media vuelta en la cama y cerrar los ojos. Entonces, me acordé del chico de mi edad y el viejo vestido de manera extraña. ¿Qué habría

sido de ellos? ¿Volvería a verlos? La perspectiva de encontrármelo —al chico, no al viejo— no me molestaba en lo absoluto. No era solo curiosidad, me gustó su facha y porte. También sentía ganas de encararlo, nadie se acerca a alguien para pedirle “fuego” si ni siquiera tenía un cigarro en la boca y ¡más encima!, después correr para dárselas de soplón.

Me entretetuve con preguntas como, ¿quién sería ese viejo? ¿Por qué andaba como disfrazado? ¿Qué me quiso decir cuando pasé enfrente? ¿Por qué me seguían? Imaginé las cosas que le diría —al chico, no al viejo— y cómo, con un par de frases, le borraría esa sonrisa tonta de su cara. ¡Ya lo vería! Porque, a esas horas, no tuve ninguna duda de que lo volvería a ver. Me dormí con la satisfacción que me dio la perspectiva de una venganza. Una dulce venganza.

CAPÍTULO V

LOS primeros días de estadía en la casa de mis padrinos fueron peor de lo que imaginé. El celular no tenía señal, los mensajes demoraban un millón de horas en salir de la casilla o se truncaban o se borraban en el intento, y las veces que logré enviar alguno, no recibí respuesta. Las llamadas, las pocas que tuve, fueron de un par de amigas, de mis amigos no supe nada. Me sentí más sola que en mi propia casa llena de enfermeras. Para peor, Internet funcionaba a ratos y el computador de mi tía Ema era pésimo, de esos enormes que ya no se ven en ninguna parte y que para conectarse demoraba horas. En mi casa, al menos tenía la posibilidad de chatear o navegar

para pasar el rato. En Caldera tuve que aprender a entretenerme conmigo misma.

Mis tíos formaban un matrimonio de viejos sin hijos y la comunicación con personas menores no les fluía. Por si fuera poco, mi tío Felipe estaba completamente sordo. Estoy segura que de haber sido por él, habría preferido que me mandaran a China. Así no tendría que subirle el volumen al aparato que tenía detrás de las orejas cada vez que le preguntaba algo.

Y mi tía Ema, ¡uf!, a los pocos días me di cuenta de que sentía un no sé qué por recuperar nuestro "tiempo perdido". ¿Qué tiempo perdido? Uno que imaginaba, porque yo no tenía el menor interés de contarle nada, pero ella quería saber de mi vida, de mis amores, de las fiestas, de todo lo que hacía, y andaba como las hormigas, por todas partes, cayéndome a preguntas, ¡como si estuviera dispuesta a contarle algo!

Nuestras conversaciones eran más o menos así:

—¿Estás pololeando? —preguntaba.

—No —respondía.

—Pero supongo que habrás pololeado...

—Sí.

—Y, ¿cómo se llamaba?

—No importa.

—¡Ay!, no seas mala, cuéntame, que quiero saber.

—Matías —mentía.

—¿Era de tu colegio?

—Voy a un colegio de puras mujeres.

—Ah, y, ¿dónde lo conociste?

—Por ahí.

—Y tu mamá, ¿es muy estricta con los permisos?

—Como todas las mamás —le decía yo, pero la verdad es que mi mamá era bastante confiada y nunca me exigía hora de llegada ni me preguntaba demasiado por lo que hacía. Lo que sí, era implacable con el tema del cigarro o el alcohol. Siempre se daba tiempo para darme un sermón sobre las desgracias que me caerían encima si sucumbía ante cualquiera de esos vicios.

Ella continuaba:

—¿Las niñitas de tu edad fuman?

—No soy una "niñita".

—Pero, dime, ¿fuman o no?

—Algunas.

—¿Y tú?

—Lo he probado.

—¿Y te gustó?

—No —eso no era del todo mentira, porque aunque fumaba, no era porque me gustara realmente, sino que lo hacía en las fiestas porque todas mis amigas fumaban—. ¿Y es verdad que las niñitas se emborranchan en las fiestas?

—No.

—Ah, pero vi en la televisión un reportaje que mostraban a niñitas de tu edad haciendo dedo en la calle, totalmente borrachas.

—...

—¿Lo viste?

—¿Qué?

—El reportaje.

—No.

Me aburría tanto este tipo de interrogatorios que al rato inventaba una excusa y me iba a la playa. Eso era bueno. Hasta el momento, nunca había vivido tan cerca del mar y en Caldera había muchísimas rocas. Me entretenía buceando lo que me alcanzara el aire o me quedaba flotando en el mar, mirando el cielo azul inmenso mientras las olas me llevaban de un lado para otro. Era verano y la playa generalmente estaba llena de familias, muchos niños y, más de una vez, me amisté con alguno que me acompañaba en el buceo.

A la vuelta de mis paseos, siempre me la encontraba apoyada en la puerta, de brazos cruzados y con sus ojos inquisidores:

—¿Te gusta el mar?

—Sí.

—¡Igualita a tu padre!

—Ajá.

—Apuesto a que te quedas horas flotando entre las olas.

—A veces.

—¿Van a menudo a la playa en Santiago?

—En Santiago no hay playa —respondía con cinismo.

—Sí, lo sé, pero está Viña, Reñaca, Algarrobo... qué se yo.

—Antes íbamos a Zapallar, tú sabes, con mi papá —contestaba yo. A ella se le descomponía la cara y partía corriendo a la cocina.

Entonces, me iba a mi pieza-pasillo y me tendía sobre la cama. Las estadísticas no me eran favorables, pues durante la primera semana me había leído

todos los libros que llevé para “el verano”. Revisé los álbumes de fotos en los que aparecía de chica en esa misma playa. Acompañé a mi tía Ema a la feria más de lo razonable. Hay que decirlo, hubo días en que fuimos hasta tres veces, porque llegaba a la casa y recordaba que quería hacer un budín de verduras o que necesitaba zapallo para hacer un puré y de vuelta a pasearnos por los locales, a tocar los tomates, a palpar los pimientos, a oler la albahaca. Con mi tía Ema todo requería tiempo. Ni qué decir cuando entraba en la cocina: durante días preparé las recetas que quiso enseñarme y demostré ser sumamente paciente con cada una, aunque no era precisamente adicta a la comida. Para decirlo de una vez, comía para alimentarme.

A esas alturas, sentía que el mes que me quedaba probablemente iba a ser el peor mes de mi vida.

Poco a poco, con mis tíos nos mostramos las caras y se me hizo patente el hecho de que la única razón por la que me quedaba ahí era porque mi papá estaba gravemente enfermo y mi mamá quería librarse de la culpa que experimentaba al verme pasar mis vacaciones en la casa.

La cosa estalló un día a la hora de almuerzo. No recuerdo qué fue lo que dije, pero estábamos hablando de la enfermedad de mi papá. Creo que comenté que mi mamá era una neurótica y que por eso mi papá no se iba a mejorar nunca. Algo así. Mi tía Ema saltó:

—¡No te voy a permitir que hables mal de mi hermana! —dijo.

—¿Y por qué crees que me importa? —pregunté irreverente.

—Te vas a arrepentir, mocosa, acuérdate de mí, con el tiempo te vas a arrepentir.

Calmadamente, como si realmente no me afectaran sus palabras, le respondí:

—Es mejor que no se meta, ¿quiere? —y luego, como reflexionando: —¿Por qué desde que se enfermó mi papá todos se sienten con el derecho a opinar? ¿Quién dijo que podían decirme lo que tengo que hacer? ¡Me tienen harta! —¡Ups!, esa frase se me escapó y me arrepentí de inmediato.

Tarde. Mi tía Ema se levantó como un guepardo y me dio una bofetada.

La miré con ojos asesinos y salí dando un portazo.

¿Y ahora qué?

No quería volver a pisar esa casa, pero eran las tres de la tarde y estaba en el desierto, por lo que la playa ardía. “La que se va a arrepentir eres tú cuando no tengas cómo explicar que me fui de tu casa”, dije apretando los dientes y caminé por la arena hacia el norte.

Quería gritar, gritar tan fuerte que se sacudieran las dunas. Pero, quien haya estado en el desierto sabrá que el sonido que se impone es el silencio. Por más que uno grite, la quietud lo inunda todo.

Me encaramé en lo alto de una roca, justo a los pies de un acantilado. El viento me sacudía la ropa con la potencia con que golpeaba las rocas y pensé que la mejor definición de desierto era, precisamente, eso: acostumbrarse a un paisaje desolado y a ese rumor

quieto, estacionado, que aplaca cualquier ruido, cualquier alarido, por muy desesperado que suene.

Entonces, divisé las criptas, las cruces y me dirigí hacia allá. El calor era aplastante y el cementerio de Caldera estaba cubierto por una bruma como vaho de calor. Estaba de frente al mar, igual que el cementerio de Zapallar donde estaba enterrado mi hermano mellizo, pero la sequedad que rodeaba a este lo hacía totalmente otro. Mi hermano está enterrado en una cripta que mira al océano y a un costado de su tumba crece un enorme pino que se balancea con el viento. Recordé las veces que iba y me sentaba a mirar las olas mientras el viento me refrescaba. En Caldera, en cambio, el cementerio estaba expuesto al sol, sin vegetación, sitiado por la pampa y los cerros secos que se divisaban al fondo. La brisa que corría no era aire fresco que conforta, sino una ráfaga congelada que me hacía pasar del calor aplastante, al frío que calaba los huesos. Me senté bajo la sombra del único árbol que había y cerré los ojos.

—Te estuvimos buscando —escuché una voz conocida.

Me despabilé y ahí estaba el chico de mi edad. Sentí que me paralizaba.

—¿Por qué te escondiste? —preguntó.

—No me escondí.

—Te escapaste el otro día en la plaza.

—¿Te conozco acaso? —por más que intentaba recordar los diálogos de mi dulce venganza, permanecía sentada, con las piernas como de lana y sin atinar a decirle algo que lo humillara medianamente.

–En la plaza el otro día, ¿no te acuerdas? Te pedí fuego y te quebraste.

–No me quebré. Ni siquiera te conozco y además no tenía fuego.

–Bueno, puedes decir lo que quieras, pero saliste arrancando.

–¿De qué estás hablando?

–Mi abuelo tiene algo importante que decirte.

–¿Tu abuelo?

–Andaba conmigo el otro día.

–¡Ah!, el señor disfrazado...

–Oye, más respeto, él es una eminencia.

–¿Ah, sí? No tenía idea...

–Claro, porque a ustedes los santiaguinos no les interesa nada.

–¡Oye! –alegué y me enojé conmigo misma. ¿Él me insultaba y yo no atinaba a decirle nada más que “oye”? Me sentí humillada.

–¿Oye, qué? –preguntó y soltó una carcajada. Sentí que se me sonrojaba.

–Me tengo que ir –dije levantándome de una sola vez.

El chico de mi edad me tomó por el codo.

–¡Suéltame! –le pedí.

–Como usted mande –contestó burlón.

–¿Podrías venir en la tarde? Mi abuelo necesita decirte algo.

–No lo sé.

–Es importante.

–¿Qué puede ser tan importante si no me conoce?

–me eché a andar.

Él me siguió:

–Tendrías que preguntárselo a él, pero hace años que no lo veía así, transmite todo el rato diciendo que necesita hablar con “la niña”.

–No soy una niña –dije molesta.

–¿Cuántos años tienes?

–Y a ti qué te importa.

–¿Vas a venir?

–Lo voy a pensar.

–Entonces, además de esquiva, te haces de rogar.

–¡Qué te pasa! –contesté y aceleré el paso.

Cambió de voz para decir:

–Intento darte su recado.

–El soplón... –dije para mí.

–Bueee, haz lo que quieras.

No contesté. Tampoco me siguió, pero sentí cómo me miraba.

CAPÍTULO VI

SALÍ del cementerio corriendo y solo me detuve cuando llegué hasta el portón de la casa de mis tíos. No me atreví a entrar, pero tampoco podía quedarme parada afuera. Miré hacia la playa y supe lo que tenía que hacer. Recogí la mascarilla de buceo del patio trasero y me fui al mar.

Cuando era chica, mi papá me enseñó a nadar y también algunas técnicas de buceo. A él le gustaba cazar jaibas y generalmente me pedía que lo acompañara como su “ayudante”. La mayoría de las veces lo esperaba haciendo snorkel entre las rocas y aprendí a capear olas, a tomarle el pulso al mar. Él decía que era una cuestión de ritmo. Como bailar. Y

que al traspasar el rompeolas, había que flotar como una rama. Al principio, no podía evitar levantar la cabeza para ver cuándo se formaba la siguiente ola, pero perdía el equilibrio y tenía que nadar como una rana hasta que nuevamente volvía a flotar. Con el tiempo entendí a qué se refería. El ritmo estaba en dejarse llevar por el mar, sentirlo, acompasarse a él como si fuera parte de uno y nunca, nunca, darle la pelea. Me pasó una vez. Me agarró una corriente y me dio miedo no poder salir. Empecé a nadar y a nadar tratando de llegar a la orilla, pero con cada braceada, la corriente me dejaba un poco más adentro. Había una especie de remolino y cuando pensé que me iba a ahogar, sentí la voz de mi papá.

—¡Flota, Cristina! ¡Flota!

Venía nadando sobre una tabla, pero yo estaba tan cansada que no tenía fuerzas ni siquiera para levantar las piernas.

—¡Por amor a Dios, Cristina! ¡Flota!

Estaba enojado, yo escasamente podía patear, las olas me pasaban sobre la cabeza una tras de otra y pensé que me iba a hundir, cuando mi papá me encaramó sobre la tabla. Me sacó del agua indignado y si no me pegó fue porque había mucha gente en la orilla.

—Pero, ¿qué te dije, eh? ¿Qué te he enseñado? ¡No puedo creer que no hayas aprendido nada!

La gente alrededor intentó calmarlo.

—No la altere más, ¿no ve que casi se ahoga? —dijo una señora cualquiera.

Mi papá ni siquiera le contestó, me agarró del brazo y me sacó de la playa. Me amenazó con no

traerme más. Le prometí que no volvería a pasar. Desde ese día no peleo contra la corriente. Cada vez que el mar está bravo, simplemente me dejo llevar flotando. A veces me saca muchos metros más allá; otras, me mantiene un buen rato adentro, pero finalmente siempre te empuja a la orilla. Hay que estar atenta a ese movimiento. Llega un punto en que la corriente te agarra de los pies y te succiona, arriba, abajo; algunas veces, te mueve el cuerpo; otras, solo las piernas, pero si uno está completamente entregado, al rato siente el vaivén y entiende su lógica, hacia dónde va y hacia dónde te lleva. Como en una montaña rusa.

Ese día me pasé mucho rato en el agua y la comunión con las olas me calmó. El mar era capaz de cambiarme el estado de ánimo; siempre me pasaba así. Sumergida tenía la impresión de habitar otro mundo y eso es lo que quería en esos momentos, pertenecer a otra forma de vida, a otro pueblo, que me sacaran de mi propia realidad para formar una nueva, sin enfermedad, sin muerte, sin abandono. Así que jugué un rato a ser una especie de anfibio que había varado en una bahía.

Luego, decidí ir a pedirle perdón a mi tía Ema. Después de todo, ella hacía sus esfuerzos. No alcancé a abrir la puerta cuando se me tiró encima llorando.

—¡Perdóname! Esto ha sido muy difícil para todos —dijo mientras me abrazaba.

No contesté.

—Imagínate que a tu papá lo conocí cuando tenía tu misma edad, es como un hermano para

mí –me contó secándose las lágrimas. Después, como para sellar las paces, se sonó ruidosamente.

Y se dio una situación incómoda porque tuve que reconfortarla. Le acaricié el pelo y le dije que pensaba que todo iba a estar bien, que mi papá se iba a mejorar y que quizás, quién sabe, volveríamos todos juntos a Caldera. ¿El mundo al revés?

Después, nos sentamos a comer. Mi tía Ema se consolaba con la comida. Lo descubrí a los pocos días de llegada. Por ejemplo, hablaba con mi mamá por teléfono y se preparaba un sándwich o abría un paquete de galletas. Otras, se sentaba en la terraza y, sin motivo aparente, comía pan con mantequilla. Esa tarde llenó la mesa con platos con palta, mermelada, jamón, dos pailas de huevos, queso y engullimos hasta las siete de la tarde. Sentada junto a ella no podía dejar de pensar en la extraña cita que tenía en el cementerio, pero a medida que pasaban las hallullas con palta, las marraquetas con huevo, me di ánimo. Es decir, ¿qué de malo me podía pasar? Un viejo disfrazado quería decirme algo y el chico de mi edad parecía simpático, medio extraño, pero no peligroso. Además, era tan guapo.

Decidí enfrentar la situación. No tenía nada que perder ni nada mejor que hacer. Por lo demás, desde que mi papá se cayó de la mesa ese día a la hora de almuerzo y quedó como muerto en el suelo, tenía la sensación de estar a los pies de un precipicio, una especie de vértigo que me producía un desenfado por la vida. Lo peor que podía pasar, creí, sería la rabia de mi mamá cuando le contara mi anécdota

en el cementerio. Me retaría por irresponsable, por exponerme más de la cuenta, por ¡qué se yo! Para entonces –cuando supiera– estaría a años luz de mi aventura y por mucho que se entusiasmara con sus palabras –porque cada vez que se enoja habla, habla, habla–, ya nada habría que hacer. Sonreí al tiempo que me llevé a la boca un pedazo de marraqueta con queso.

CAPÍTULO VII

CUANDO estuve a pocos metros del cementerio, él hizo como que no me veía. Sé que fue así, porque miraba hacia donde yo venía cuando bajó la cabeza en el minuto en que le sonreí. Empezó a caminar de un lado a otro con la mirada puesta en el suelo.

—¡Hola! —lo saludé cuando llegué a la entrada del cementerio. Él movió la cara distraídamente.

—No te había visto —mintió y yo me reí. Por primera vez me sentía dueña de la situación.

—Aquí estoy —dije—. ¿Dónde está la “eminencia”? El chico me miró.

—¡Siempre tan sobrada!

—¿Vamos a seguir? —¡Huy!, yo misma estaba impresionada de mi capacidad de respuesta.

—Pensé que no vendrías y que te perderías a mi abuelo. Está por terminar.

—¿Terminar qué?

—Ya lo verás. Lo importante es que estés aquí.

—Obvio.

—¡Ja!, nada de obvio con personas como tú...

—¡Oye!, más respeto —aclaré con desdén. Qué insoportable podía ser yo misma.

—Vas a tener que demostrar lo contrario —contestó acercándose. Era por lo menos una cuarta más alto que yo y tenía los ojos tan oscuros que apenas se le notaban las pupilas. Dijo:

—Las niñas como tú siempre andan en grupo...

—No soy una niña, tengo quince años y no tienes idea de cómo son las mujeres, ¿ok?

—Son todas iguales. Las conozco.

—A mí no me conoces.

—Desde que te vi en la plaza, supe cómo eras.

—Ah, ¿sí? Eso quiere decir que me espiabas, ¿eh?

—¡Ya!, no importa. Lo bueno es que estés aquí, ¡ven! —dijo y me tomó de la mano.

Tuve el impulso de soltarme, pero no lo hice. Nos metimos por una de las calles del cementerio. A lo lejos, se escuchaba una voz cantando.

—¿Lo escuchas? —dije frenándome en seco.

Él me dio un tirón que me obligó a continuar.

—No pasa nada, es mi abuelo.

—¿Y qué está haciendo?

—Rezando.

—¿Cantando?

—Sí, son letanías cantadas, ya te conté que es una eminencia, ¿no?

Nos acercamos al anciano. Llevaba puesto el mismo disfraz que aquella vez en la plaza: pantalón negro brillante con los bordes amarillos, una polera con una estampa de la Virgen de los Rayos y una capa como de Superman pero negra que le llegaba hasta las rodillas. En la cabeza tenía un sombrero como cucurucho amarillo con la imagen de la Virgen y de Jesucristo pegadas en él. El chico me hizo señas para que esperáramos. El anciano era horriblemente desafinado y sentí ganas de reírme, pero me controlé. La ocasión no lo ameritaba, es decir, el viejito le ponía tanto empeño y cantaba tan serio con sus ojos mirando al suelo, luego al cielo, luego al suelo y al cielo, que me contuve. El ritual tenía algo ancestral, como esos que muestran de tribus africanas en el *History Channel*, pero en vivo y en directo. A mi lado, el chico permanecía mudo. De pronto, el viejo terminó su canción y se quedó unos segundos con la mirada perdida en lo alto, yo seguí aguantándome la risa, tapándome la boca con las dos manos.

—¡Anda! —me mandó el chico de pronto.

—¿A dónde?

—A saludarlo, pues.

—¿Sola?

—Te voy a esperar acá —señaló la tumba en la que estábamos parados y me guiñó un ojo.

—Mmm... —rezongué.

Caminé con desgano los diez pasos que nos separaban del viejo. No creía que tuviera algo que decirme, pero igualmente pregunté:

—¿Usted quería verme? —Me sentí ridícula. Aun así, me mantuve firme esperando que el anciano disfrazado me dijera lo que tanto quería decir. Como en cámara lenta, se volvió hacia mí y me quedó mirando por un momento. La risa presionaba por salir.

En un movimiento inesperado, me agarró la cara con sus dos manos secas y huesudas. Me dieron ganas de correr. Con voz tronadora, me dijo:

—Tu hermano quiere que te pida que estés tranquila. —Se me heló la sangre. El viejo continuó—: No debes sentirte sola, él siempre está contigo, pase lo que pase, él estará contigo.

Sentí que la energía se me caía a los pies y lamenté la cantidad de pan que había comido, porque sentí un revoltijo en el estómago. Supe que me iba a desmayar cuando algo me subió a la garganta.

—Quiero vomitar —dije en el momento en que escuché un silbido agudo presionándome los oídos, después, vi todo azul.

Cuando desperté, el viejo y el chico me miraban con preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó el último.

—Más o menos —contesté con un gusto metálico en la boca.

—Si no te agarro de la espalda, te caes —me contó.

Quise levantarme, pero estaba débil y transpiraba helado.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Te desmayaste —contestó sonriendo.

Yo volteé la cabeza.

El viejo me tocó la frente con sus manos secas.

—Vas a estar bien —señaló con una voz muy diferente a la que usó antes.

—¿Cómo sabe que tuve un hermano? ¿Quién se lo contó? ¡Dígame! ¿Quién es usted?

Pero el anciano hizo como que no oía, porque no me contestó. Se levantó y se fue caminando.

—Señor, ¡vuelva!, se lo pido por favor —intenté levantarme, pero tuve ganas de vomitar nuevamente y me quedé sentada.

—¡Oye!, mi abuelo no se va a esfumar, déjalo que termine su trabajo, después le preguntas todo lo que quieras —dijo el chico acariciándome la cabeza.

—¡No me toques! —alegué y esta vez logré ponerme de pie.

—Como usted diga, señorita —contestó risueño y se ofreció para acompañarme hasta mi casa.

Accedí, me sentía demasiado débil como para irme sola.

—No me has dicho tu nombre —le dije.

—Ernesto, para servirle —contestó sonriendo.

—Yo me llamo Cristina.

—Cristina, Cristina.

—¿Qué tienes con mi nombre?

—Nada, solo lo repito.

En el camino, me contó la historia de su abuelo, un colombiano de las calurosas tierras del Gran Magdalena.

CAPÍTULO VIII

VÍCTOR Emilio Baquero llegó a la ciudad de Copiapó a los dieciocho años. Se vino, como quien dice, por amor. Sí, señor, fue una nortina la que le robó el corazón. El joven Víctor cayó prendado de tal manera que cuando la chilena dejó el caserío de Galán, en Colombia, para volver a Chile, él la despidió sintiendo que el corazón se le hacía añicos. Estuvo –según sus propias palabras– agonizando en su tierra querida, por el amor perdido de esa chilena chúcara que no escuchó sus ruegos y se largó, mortificándole la existencia. Eso, hasta que una mañana, su madre, doña Emiliana Cárdenas, cansada de tanta melancolía, porque Baquero no se levantaba ni se aseaba ni reía ni quería echarse bocado a la boca, lo sacó de la cama a escobazos.

–¡Hombre! Si usted la quiere como dice, vaya a buscarla y déjese de lloriquear como mariquita –contó que le dijo.

Y el joven Baquero metió un par de pilchas en su mochila y partió. Pensó que el viaje sería, literalmente, una ida y vuelta, que los meses que lo separaban de la moza habrían hecho lo suyo y que ella se decidiría de una vez por todas a regresar a Galán para vivir de ese amor apasionado. Pero la muchacha realmente era porfiada como una mula y no dio su brazo a torcer hasta que logró llevar a Baquero al altar. Contra todo lo que había imaginado, se vio convertido en uno más del clan de los Rojas. Es que hay que decirlo, María Rojas era la porfía hecha carne y aunque recordaba su viaje a Colombia con cariño, amaba su desierto y esos cerros de tierra y arena que rodeaban su ciudad natal. Así es que Baquero se quedó.

Doña Emiliana, en tanto, cansada de llamarlo y escribirle pidiéndole que regresara, preparó sus maletas y fue en busca de su primogénito, pero quiso el destino que sufriera una descompensación insulínica y cayó enferma grave al poco tiempo de haber pisado el desierto chileno. Fue cuando Baquero se enteró de la existencia de otro colombiano: Crisógono Sierra Velásquez, más conocido como el Padre Negro y de la gruta que le levantaron en Caldera después de su muerte. Ni lo pensó y se encamó en el bus que lo dejó en Caldera y frente a la imagen del curita rezó Víctor Emilio, como si el mismo cielo fuera a abrirse para escucharlo: •

*Padrecico, usted que caminó
por esta tierra seca, escúcheme.
Mi mamacica sufre, carajo.
Sufre de pena, de calambres, padrecico.*



*Dele vida, padrecico, bendígala usted
y le serviré, todos y cada uno de los días de mi vida,
trabajaré para usted, si es que quiere.
Pero ayúdemela, padrecico, ayúdemela a recuperarse.*

Así permaneció el joven, hora tras horas. Alguien contó que Baquero dijo que el Padre Negro le habló desde el Cielo. Que se abrió un hueco entre las nubes y por un rayo luminoso que caía hasta el mar, bajó el padrecito con su silueta pequeña y su sotana hasta el suelo. Entonces, en medio de un arcoíris de color y una luz que se le colaba por el cuerpo, el Padre Negro le habló a Baquero y Baquero escuchó y asintió, porque el padrecito le pedía que a cambio del milagro, le ayudara en la tierra. No le pidió por los pobres ni los desvalidos, le pidió que cuidara el cementerio, las almas abandonadas, los enfermos, los moribundos. Le pidió por los que van a morir y los que ya están muertos, por ellos les pidió el Padre Negro y el joven Baquero estuvo de acuerdo.

–Todo con tal que usted salve a mi mamacita –selló el trato Baquero.

Así, cuando llegó a la casa de los Rojas y encontró a doña Emiliana sentada en un banquito de la entrada, el primogénito cayó a sus pies y lloró de alegría.

–Madre –dicen que dijo con los ojos enrojecidos de emoción– el padrecico te ha salvado.

La vieja Emiliana, que no creía en milagros ni menos en curas con sotana bajando del Cielo, le acarició el mate.

–Deja de decir leseras y vuélvete conmigo pa Galán que este yermo seco es lo que nos tiene enfermo –le dijo.

Victor Emilio sonrió seguro de que el Bien había obrado a su favor...

Al poco tiempo se trasladó a vivir a Caldera. Esta vez, María Rojas lo siguió sin chistar. Ella era devota de la Virgen, de los santos, de los angelitos y de todos los que pintaran para beato. Su piadosa mentalidad le impidió cometer el sacrilegio de desafiar a la figura enaltecida del Padre Negro, así es que lo siguió dócilmente. También se llevaron a doña Emiliana que aunque no dio crédito al milagro, jamás quiso abandonar a su hijo en esta tierra dura y extraña y se quedó con él hasta que murió a los 92 años.

CAPÍTULO IX

ESA noche apenas pegué un ojo. Me levanté a las cuatro de la mañana y me metí a Internet. Busqué información sobre el Padre Negro y ahí estaba la historia del colombiano milagroso y de la gruta que le habían construido en Caldera para rezarle. Y aunque descubrí muchísimas noticias sobre los milagros que había obrado, no aparecía ninguno como el que supuestamente hizo a favor del abuelo de Ernesto.

Me quedé pensando, ¿sería mentira? El viejo disfrazado y el milagro, se prestaban para engaño. Recordé que quería escribirle un mail a mi mamá y me metí al correo. Extrañamente ese día, a esa hora, funcionó como nunca. En mi casilla encontré

entre los “no leídos”, un mail de ella. Lloré al leerlo. Me contaba cómo estaba mi papá en mi ausencia, que hacía poco había movido los dedos de los pies y de las manos y que el doctor había dicho que eso era buena señal. Sentí rabia, ¿qué sabían los doctores? ¿Cómo se atrevían a decir que alguien estaba mejor cuando lo justo era no reconocer que el cuerpo humano es un misterio? ¿No era más ético asumir las limitaciones de la medicina sobre el estudio del cerebro? Me molestaba ese aire de superioridad que tomaban al hablar de mi papá, como si supieran lo que iba a pasar. Además, dio la casualidad que la mayoría de sus “famosos” diagnósticos resultaron completamente erróneos. En el mail, mi mamá intentaba sonar esperanzadora y repitió las frases “permanece estable” o “igual como cuando estabas tú”.

Después pensé que si el abuelo de Ernesto realmente se comunicó con mi hermano, uno que nació junto conmigo y que nadie que no fuera de mi familia más cercana sabía de su existencia, podría averiguar qué iba a pasar con mi papá. Tal vez tenía una especie de poder extraterrenal y bastaría con convencerlo para que volviera a hablar con mi hermano. Aunque cabía una posibilidad mucho mayor de que el viejo fuera un fraude y que hubiese acertado de casualidad. Es decir, ¿cuántas personas tienen hermanos? ¡Miles! De todas maneras, no perdía nada con intentar pedirle que volviera a tomar contacto con mi mellizo muerto.

Volví a mi pieza, pero no me acosté. Me vestí con un buzo y a las seis de la mañana me preparé una leche y me comí una fruta; a las siete, cuando apareció mi tía Ema, estaba lista para salir.

–Voy a trotar por la playa –mentí.

–¿Te espero para tomar desayuno?

–¡Ay!, es que me voy a demorar –seguí mintiendo.

Ella no se dio cuenta. Me acompañó hasta el portón y junto con entregarme un sándwich de queso, me contó que había un sendero que iba por arriba de la playa. Luego agregó:

–Eres igual a tu padre, Nina. ¡Mírate no más! Las mismas piernas flacuchentas.

–Eso me dicen todos.

–Igualita, claro que a él le gustaba caminar, trotar no lo vi nunca.

Le di las gracias y me fui corriendo al cementerio. Ernesto me había contado que su abuelo iba en las mañanas y en las tardes. Lo recorrí de lado a lado, pero no lo encontré.

Me quedé muchísimo rato dando vueltas y nada. Como a las diez de la mañana decidí volver a la casa. Lo que menos quería era que mi tía Ema sospechara que andaba en otros pasos. Me saqué las zapatillas y volví trotando por la orilla de la playa. Estaba por llegar a la casa cuando lo vi, no al viejo, sino al chico de mi edad, a Ernesto. Corrió hacia mí.

–Pasé por tu casa.

–Sííí.

–Me dijeron que habías salido a trotar.

–Ajá.

—Quería invitarte a una fiesta esta noche, cerca de tu casa.

—No sé, tendría que hablar con mi tía Ema —contesté.

Lo único que quería era darme una ducha y cambiarme los short y la polera mojada. Además, ¡seguro que estaba horrible! Y él se veía increíble con su polera celeste.

—Me tengo que ir —dije secamente.

—Ah, ¡verdad!, la princesa no tiene tiempo para conversar.

Lo miré con furia, me estaban aburriendo sus pesadeces.

—Te paso a buscar a las nueve —me gritó mientras se alejaba.

Le hice señas con la mano como queriendo decir que me dejara en paz.

CAPÍTULO X

LO que no imaginó Víctor Emilio Baquero fue el giro que tomó su vida en Caldera. El rumor del milagro obrado en la vieja Emiliana Cárdenas corrió más rápido que la pólvora y antes de que se instalaran a cuerdas de la plaza, el colombiano era reconocido como el delegado del Padre Negro. Los seguidores del padrecito colombiano llegaron como moscas a su casa para pedirle un favorcito para la prima, o la ayudita para el hijo, que la rezadita por la abuela, y de un minuto a otro, Baquero se convirtió en una eminencia. La gente decía que tenía comunicación directa con el Cielo y que en las tardes, cuando volvía a su casa, se le podía ver el aura, clarita como la luna llena, un círculo de luz que le coronaba el mate. También decían que a veces, mientras

rezaba, Baquero se elevaba centímetros del suelo, de forma casi imperceptible, pero tan real como su presencia. Nadie dudaba que el mismísimo Padre Negro estaba detrás de sus quehaceres y que le transmitía su energía mientras él ponía las manos sobre los enfermos o cerraba los ojos para hacer una plegaria. Tampoco dudaban de sus veredictos, lo que Baquero decía era ley, así de simple. Si decía que el enfermo sanaría, había que correr a preparar la fiesta para el resucitado, si decía que no había remedio, arreglar los trámites del funeral.

Eso respecto de lo que hablaba la gente, pues para él, digamos que todo este asunto del milagro y sus supuestos poderes curativos, fue una sorpresa y una tremenda complicación. No estaba preparado para algo así. En cambio, María Rojas no cabía en su pellejo y lo sobaba diciéndole:

–Tuve que viajar a Colombia para traerte, ¿ves?, mi propio santito en casa.

Pero a Baquero le costaba esa veneración desmedida que le demostraba la gente. Además que, claro, él no era ningún santo y lo sabía. Como buen caribeño, le gustaba beber. Beber para pasar el calor a esa hora en que se pone el sol y los recuerdos caen como la noche y se acordaba de su querido Galán, de los Baquero que dejó atrás y sentía que sin ese vaso era imposible soportar esa sequedad que se le iba pegando en las manos, en la piel, en el alma. Baquero añoraba su tierra, su humedad, sus lluvias torrenciales, y a falta de whisky Old Parr, empinaba piscolas los viernes por la tarde. También le gustaba rumbear, bailar cumbia con alguna bella muchacha y, por supuesto, mirar a las mujeres carnosas y succulentas. A María Rojas no le venían con chicas, sabía que en mirar no existía engaño, mientras él le fuera fiel; y así se lo advirtió una vez:

–¡Si te pillo con otra, te saco la cresta!

Baquero supo que hablaba en serio.

Claro que después de que nació María Emiliana, su hija, una pequeña con los ojos redondos de su madre y la boca carnosa de una colombiana, María Rojas descansó tranquila. La niña lo tenía embrujado.

–Ahí estás –lo regañaba cada vez que lo veía embobado mirando a su primogénita –la muchacha más bonita de la Guajira –decía Baquero, y María Rojas se echaba a reír, porque su hija había nacido en el desierto y ahí mismo se quedaría para siempre.

Poco a poco Baquero se hizo indispensable en las casas de los enfermos y moribundos. Nadie en Caldera quiso pasar una pena sin tenerlo sentado al lado. Con el tiempo él también se acostumbró y dejó de sonrojarse en la feria cuando le regalaban una bolsa con tomates o un racimo de uvas, porque la gente le pagaba con lo que tenía y siempre, siempre le hacían regalos extras aunque fueran curiosidades. Como cuando recibió un rastrillo o le dejaron en la puerta de su casa una caja con piedras volcánicas. Hay que decirlo: Baquero era educado, demasiado a veces. Recibía todo con la misma humildad y satisfacción; y a cada cosa le encontraba su uso. Claro que también le regalaban imágenes religiosas, relicarios, escapularios, rosarios, velas, floreros, en fin, que a poco andar en el altar de su casa, donde tenía puesta a su amada Virgen de los Rayos, no cabía ni un alfiler, apenas si había espacio para que María Rojas pusiera un ramo de flores frescas. A veces ella se enojaba y lo amenazaba con botar todos los cachureos que se iban acumulando en la entrada, pero Baquero la tomaba por sus caderas gruesas y carnosas y le daba un par de vueltas en el living bailando al ritmo imaginario de una vallenato.

Entonces, María Rojas se echaba a reír y le perdonaba el despelote. Porque ese lugar, custodiado por la Virgen de los Rayos, era un chiquero, pero también era su lugar preferido, ahí se arrodillaba cada tarde para rezar, ahí instalaba una silla y se tomaba "una copita". Una copita llamaba él a la botella de pisco que se zampaba cada noche, porque lo del trago era algo que no podía dejar, es decir, cuando María Rojas intentaba quitarle la botella, él alegaba:

-Soy caribeño, mujer, caribeño -y con eso pretendía justificar su adicción.

Dicen que ahí mismo fue donde el Padre Negro le habló por segunda vez. Dicen que le dijo:

-Victor Emilio, hijo mío, yo te bendigo. Has obrado justamente, pero has olvidado lo que te pedí aquella vez.

Y Baquero quedó de una pieza, pues por entonces no hacía otra cosa que andar de casa en casa acompañando a enfermos y moribundos, ¿qué más quería el padrecito?

El hombre cayó de rodillas y exclamó:

-Perdóneme, padrecito, pero no entiendo lo que me dice.

-Has olvidado a los olvidados -contestó el Padre Negro-. Aquellas almas que descansan en el cementerio.



Por eso se convirtió en animero. Aunque antes, tuvo que pasar por una prueba difícil, una pena para la que no estaba preparado. No, señor.



CAPÍTULO XI

APARECIÓ por la casa temprano y, más encima, mi tía Ema lo hizo pasar y se sentó en el living que parecía una selva rellena de plantas y con el reloj que no paraba de sonar. Mi tío Felipe le ofreció una cerveza. ¡Una cerveza! ¿Se había vuelto loco? Quise hundirme de la vergüenza cuando él aceptó. Mi tía Ema hizo como que no se enteró y en vez de cerveza, trajo jugo de papaya. Después, comentó que los niños de nuestra edad tomaban mucho y Ernesto se quedó mirándola con esa cara desenfadada que tenía y dijo que no, que no todos bebían mucho, pero que tuviera cuidado conmigo, porque estaba seguro de que era alcohólica como todas las santiaguinas.

—¿Qué? —pregunté y todos se volvieron a mirarme, menos mi tío Felipe que debía tener desconectado el audífono porque miraba por la ventana.

Mi tía Ema rió a carcajadas.

¿Cuál era la gracia?, me pregunté con rabia mientras todos seguían comiendo y riendo sin dignarse a contestar. Juré que esa noche me vengaría. Ernesto no se iba a salir con la suya, ya lo vería.

Mi tía Ema nos rellenó de comida, como solía hacer cada vez que se ponía nerviosa, pues cada tanto se levantaba para traer queso picado en cubitos, galletitas y rollos de jamón. Ernesto comía y comía. Parecía entretenido, yo lo odiaba. Hubiese preferido encontrarme con él en la fiesta, como lo hacíamos con mis amigas, que nos juntábamos para arreglarnos en la casa de alguna y de ahí partíamos todas juntas, como alegaba Ernesto. Si es que se daba el caso de ir en pareja, siempre nos íbamos en grupos de a dos o tres. Pero no, acá era distinto y tenía que soportar una conversación que se alargaba y se alargaba.

De repente, mi tía Ema se paró de la silla y gritó:

—¡Víctor Emilio Baquero! ¡No lo puedo creer! —Yo pensé que se había vuelto loca.

Mi tío Felipe se ajustó el audífono y acercó su silla.

Ella continuaba exaltada. Le emocionaba descubrir que Ernesto era su nieto. Le tomó la cara entre las manos y le dijo muy seria:

—Dile a tu abuelo que nunca, escúchalo bien, nunca olvidaré lo que hizo con el pequeño Lucas.

Ernesto sonrió con satisfacción y resoplé cansada. ¿Y la fiesta? Grrr.

—¿Quién es Lucas? —pregunté intentando entrar en la conversación.

Tampoco contestaron. Se habían olvidado de mi existencia y yo perdí el interés. Pensé que con Ernesto no saldríamos a ningún lado, pues mi tía Ema lo interrogó minuciosamente —porque fue un verdadero interrogatorio— y, luego, nos dio la lata hablando otro tanto sobre el abuelo de Ernesto. Entonces, cuando ya había decidido irme a dormir, ella contó que lo había conocido cuando trabajaba en la Escuela Pública de Caldera y que Luquitas, un alumno de cuarto básico, enfermó de leucemia.

—Le hubieran visto la casa, ¡era tan lindo! Chiquitito, con sus ojos negros como dos aceitunas, ¡tan simpático, Luquitas! —hizo una pausa.

Ernesto parecía recordar algo y a mi tía Ema se le llenaron los ojos de lágrimas. Mi tío Felipe, en tanto, estoy segura que había vuelto a poner en cero sus audífonos.

—Tu abuelo le ayudó a morir —contó.

Ernesto asintió.

—Y no solo eso, dicen que incluso hablaba con él después de que partió... aunque se dicen tantas cosas últimamente que, ¿quién puede saber la verdad?

—¿Cuándo ya estaba muerto? —pregunté y recordé la extraña conversación con el viejo en el cementerio. ¿Sería posible?

Mi tía asintió con los ojos llenos de lágrima.

—Tu abuelo fue muy importante para los compañeros de Lucas en ese proceso, es decir, ¡para toda la comunidad escolar!, porque iba al colegio y

acompañaba a sus amigos, también conversaba con nosotros. ¡Ay! No sé, pienso que habría sido tan difícil sin su ayuda... —se sonó. Luego dijo: —Mándale mis saludos, ¿quieres?

Ernesto volvió a asentir. Yo lo miraba con ojos asesinos. ¿Por qué mejor no invitaba a salir a mi tía Ema?

Al parecer, de pronto, recordó nuestra cita, porque dijo:

—Niños, es hora de que se vayan.

—No somos niños —murmuré.

—No seas pesada, Nina, para mí siempre serás una niñita.

Nos levantamos, yo con cara de odio y Ernesto engrandecido. Para peor, cuando íbamos saliendo, ella le tomó el brazo a Ernesto y le pidió:

—Me la cuidas, ¿eh? Y recuerden: nada de alcohol.

—Prometo traerla sobria —contestó él.

Definitivo: lo quería matar.

Cuando salimos, Ernesto intentó tomarme la mano, pero se la corrí sin decirle nada. Es más, entré a la fiesta dispuesta a hacerlo sufrir.

CAPÍTULO XII

SEGÚN cuentan, unos días después de que le hablara por segunda vez el Padre Negro, Víctor Emilio pasó la noche en la casa de un niño de diez años, Lucas, que tenía leucemia y agonizaba. Le había tomado cariño al chico y, como nunca antes, postergó muchos de sus compromisos por pasar tardes enteras acompañándolo, sentado junto a su cama.

Dicen que fue ese pequeño —y lo que ocurrió durante esa noche fatal— lo que lo marcó para siempre.

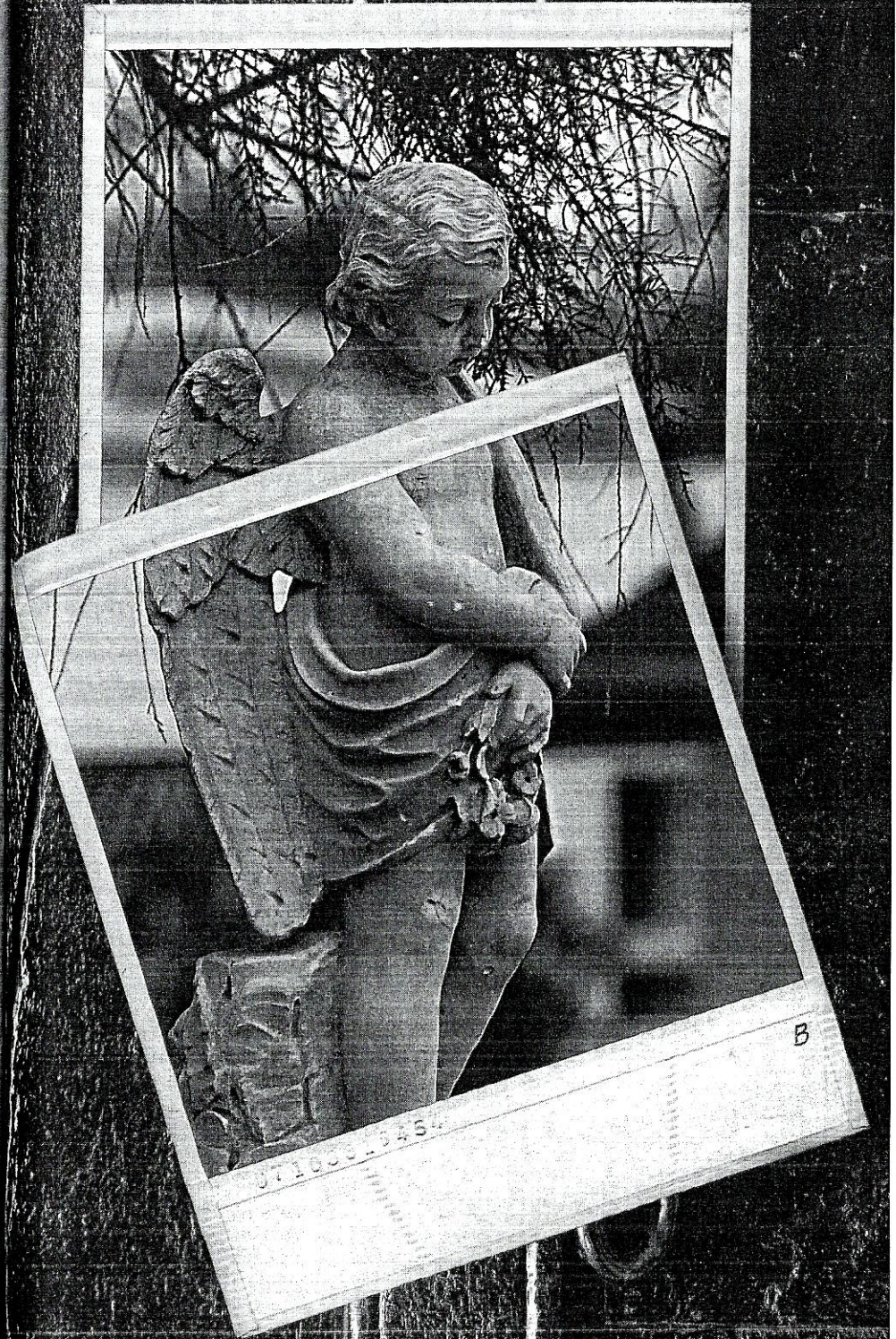
Lucas estaba en la fase final de su enfermedad. Ya no caminaba y pasaba mucho rato en duermevela, a veces, sumergido en horrendas pesadillas. Baquero se daba cuenta porque gemía y sudaba, y cuando despertaba le contaba que había soñado que lo devolvían al hospital y lo

dejaban ahí y él lloraba y pedía que lo trajeran de vuelta a su casa, pero las enfermeras salían de la pieza sin hacerle el menor caso, así es que él se levantaba arrastrando el suero y la maquinaria a la que lo tenían conectado, trataba de encontrar a sus papás, pero el pasillo era largo y desembocaba en otros pasillos igualmente enormes y blancos, y él pasaba horas tratando de salir de ese laberinto de pasillos immaculados. Baquero lo consolaba poniéndole las manos sobre su cabeza y rezando cánticos como acostumbraba a hacer con los enfermos. Al ratito, el niño volvía a quedarse dormido. En su última semana de vida, curiosamente, el chiquitín empezó a despertar contento, ya no tenía rabia ni pena ni menos pesadillas, en cambio, cada vez que abría los ojos le contaba a Baquero que había visto a su amigo, que venía a diario y que no tenía miedo de irse con él. Los papás y el mismo Víctor Emilio pensaron que el chico deliraba, que tenía alucinaciones.

–¿Quién es tu amigo? –le preguntó su madre un día.

–Un ángel –contestó Lucas sonriendo– ¿no lo ves?, ¡está ahí! –dijo señalando el rincón de la pieza.

La madre salió corriendo de la pieza pensando que su hijo había perdido el juicio y que quizás qué fuerzas malignas se apoderaban de su pobre alma cansada y enferma. Así se lo contó a Baquero entre gritos y llantos desconsolados, pero Víctor Emilio le tomó las manos y le pidió calma, dijo que hablaría con el pequeño Lucas siempre y cuando ella dejara de decir leseras, que su hijo era un angelito y que la blasfemia más grande era afirmar lo contrario. Entonces, entró en la pieza y le preguntó a Lucas por el ángel y el niño volvió a señalar el rincón y dicen que Baquero lo vio: un niño pequeño encucillado en el rincón con unas alas que le salían por la espalda de la polera.



El ángel habló en susurro, como brisa de la tarde, casi imperceptible y tan reconfortante. Dijo que ya era hora de que Lucas lo acompañara y que le dijera a los padres que no tuviera pena por él, que se iría derechito al Cielo.

Dicen que Baquero estaba blanco como el papel cuando apareció por el living y les confesó que su hijo agonizaba. Ellos se pararon rápidamente y entraron a la pieza. Se arrojaron junto a la cama del pequeño, la madre de Lucas lloraba y lloraba cuando Baquero comenzó a cantar. Dos horas más tarde, el chico había muerto.

Con el corazón adolorido y frágil, Baquero caminó hasta su casa, probablemente pensó que aquella era otra señal del Padre Negro porque como que se llamaba Víctor Emilio iría al cementerio a rezarle a ese pequeño, lo acompañaría todos los días que le quedaran de vida. Con esa convicción que le hinchó el alma, abrió la puerta de su casa, pero no más puesto un pie adentro comprendió que su vida cambiaría para siempre, que ya nada sería igual y que él mismo quedaría marcado por esa noche.



Lo que dicen que vio Baquero al entrar a la pieza fue el cuerpo moribundo de su amada María Rojas que lo llamaba:

–¡Víctor Emilio! ¡Víctor Emilio!, amor de mi vida, ¿dónde te habías metido?

Corrió a su cama y preguntó:

–Amor, amor, ¿qué pasó?

María Rojas estaba demasiado débil para contestar y solo tuvo fuerzas para levantar la mano señalando el rincón. ¡Cuál sería la impresión del pobre Baquero!, en el rincón descubrió otro ángel, más grande y corpulento que el de Lucas, pero con las mismas alas saliéndole por la polera.

–¡No! –gritó con ese vozarrón de macho colombiano–. ¡Ni se te ocurra! –dicen que reclamó al tiempo que colocó sus puños en guardia.

Pero el ángel no venía a trezarse a combos por María Rojas, sino a acompañarla hasta su otra vida, así es que suavemente posó su vaporosa mano en el hombro de Baquero y le dijo:

–No te aflijas. Estará bien, la cuidaré tal como he cuidado de tu madre.

Era demasiado dolor para una sola noche, Baquero no podía más de la pena y perdió el conocimiento. Al día siguiente, cuando su hija pasó a dejar al nieto –como lo hacía todos los días antes de irse a la fuente de soda en donde trabajaba–, lo encontró en el suelo junto al cuerpo inerte de su madre.

¡Pobre Baquero! Tardó meses en recuperar el habla. Dicen que andaba como alma en pena, como muerto en vida, como un ser perdido y olvidado que ni se cambiaba ni se aseaba ni comía, solo esperaba que Diosito Santo tuviera piedad de su miserable alma y se lo llevara de una vez por todas junto a su madre y su querida María Rojas. Dicen también que se sentaba en la mesa del comedor y empinaba los vasos de pisco, a secas, uno tras otro. De madrugada caía como muerto y lograba conciliar unas pocas horas de sueño. Su hija lo devolvía a la cama y lo arropaba.

Acongojada, María Emiliana, que así se llamaba la primogénita, se trasladó a vivir junto a su padre. Y claro, se llevó también al pequeño Ernesto, que por entonces era un pequeñín de dos años.

CAPÍTULO XIII

APENAS puse un pie en la fiesta, me separé de Ernesto. Quería que me pidiera perdón, que sintiera que había ido demasiado lejos. Por eso me perdí entre la gente y conversé con cualquiera que se me pusiera en frente. Al rato, tuve a un grupo de hombres y mujeres que querían saber un millón de cosas de Santiago, de los grupos de música, de las fiestas, qué se yo. Les contesté todo lo que querían saber y hablé alto y me reía a gritos y aun cuando sabía que él notaba que lo miraba de lejos, mantuve la distancia. Bailé con muchos de sus amigos, conocí a muchas de sus amigas y cuando ya estaba por terminarse todo, cuando quedaban solo unos pocos, Ernesto se abrió paso y me encaró:

—No bailaste ni una sola vez conmigo.

—¿Y por qué no me sacaste a bailar?

—¿Quieres bailar?

—¿Ahora?

—¿Cuándo, si no?

—¡Ay! Mejor que no, Ernesto, la fiesta está terminando. Dejémoslo para otra vez —dije y di media vuelta.

—¿Ves?

—¿Qué?

—Que te arrancas—. Y dicho esto me tomó el brazo con fuerza.

—¡Suéltame!

—Es que eres tan...

—¿Tan qué, eh? Y ahora, suéltame.

—No pienso.

—¡Suéltame!

—No sé por qué te aguanto.

—¿Tú no me aguantas a mí? ¡Ja!

—¿Viste cómo eres? —preguntó.

—Sí, lo sé, me lo has dicho mil veces: santiaguina, estirada, bla bla. Cambia el repertorio —le contesté.

En una maniobra inesperada, en vez de soltarme, en vez de seguir el juego de insultos, me dio un beso en la boca. Rápido como un halcón, llegó y me besó.

Antes de Ernesto, había dado un par de besos. Los primeros, con mis primos jugando a la botellita, y los segundos, con Javier, mi ex pololo. Pero el beso de Ernesto fue diferente. Digo, me dejó sin dormir durante toda la noche. Aunque, claro, tuve que hacer como que no me gustó y como que me enojé y me salí

de la fiesta y él me siguió porque dijo que tenía que acompañarme hasta la casa, que se lo había prometido a mi tía Ema. Yo le pedí que me dejara en paz, que podía cuidarme sola y que no necesitaba de un chaperón que se aprovechaba de mí. Él trató de disculparse diciendo que fue sin querer, irresistible, que se le escapó, y yo hice como que enfurecí y le pregunté:

—¿A quién se le sale un beso en la boca? —y di media vuelta y seguí caminando feliz de que me siguiera y más feliz cuando me pidió perdón en la reja de la casa de mis padrinos e inclinó la cara, como si realmente lamentara lo ocurrido, y dije:

—Está bien, te perdono.

¡Qué descarada puede volverse uno!

Ernesto me tomó las dos manos y me dio un beso en cada uno de los dedos, el corazón me bombeaba a mil quinientos kilómetros por hora cuando lo miré. Él también me miró y se acercó lentamente para darme un beso más largo que el anterior. Aunque al principio no me gustó, fue extraño, no sé, como si el beso adquiriera vida propia, ¿era suyo, mío o un espacio entre los dos? ¿Qué hace que un beso sea más que una boca junto a otra? Sentí que despertaba de la cabeza a los pies y Ernesto seguía con sus dos manos acariciándome la cara, el cuello y el pelo. Se sentía tan bien.

No sé bien por qué, pero me solté y entré corriendo a la casa sin despedirme, y lo primero que hice fue asomarme a mirar a través de las cortinas. Lo vi parado afuera, me dio una ternura infinita y tuve ganas volver para darle otro beso, pero tuve vergüenza de que pensara que estaba desesperada.

O, peor, que nos descubriera mi tía Ema que andaba como espía detrás mío. Me quedé parada enfrente de la ventana tocándome los labios con la yema de los dedos, cerrando los ojos y recordando una y otra vez ese beso.

CAPÍTULO XIV

EL pequeño Ernesto fue la salvación de Baquero, porque se quedaba en casa mientras María Emiliana salía a trabajar. Y aunque el corazón de Baquero estaba apedreado y frágil, sucumbió a los embrujos del niño.

Tomó su tiempo, eso sí, Baquero fue un hueso durísimo de roer, porque empinaba la copa a eso de las siete de la tarde, cuando el sol se posa en el desierto y la brisa nortea comienza a refrescar el ambiente. Entonces, el pobre Víctor Emilio se quejaba de todo: del amor que lo había atravesado como una lanza; de haber dejado su Colombia querida; de haber promovido que la vieja Emiliana Cárdenas, su madre, viajara a esta tierra inhóspita, de salares y arenas, y que se quedara. Se quejaba de haber

permitido que muriera aquí y de no haber sido suficientemente corajudo para llevársela de vuelta y enterrarla en la humedad torrentosa de Galán, donde todo florece, todo engendra, no como en ese desierto que lo obligaba a exponerse a la soledad y el silencio. ¡Cuánto añoraba en esas horas la algarabía de la plaza pública! ¡Las muchachas con sus faldas diminutas y sus sonrisas de guajira! ¡La soberbia del colombiano que para todo tenía su historia! ¡Cuánto extrañaba el murmullo y lamentaba esa ventisca del desierto, ese susurro colando arena por debajo de la puerta! Se quejaba de esas plegarias desesperadas que un día fueron escuchadas en el cielo; se quejaba de haber ayudado a tantos, sin que nadie lo ayudara a él. Pero lo que más lamentaba Baquero, era no haber estado aquella fatídica noche en la que un coágulo se desprendió de la pierna izquierda de María Rojas y viajó por sus venas directo hacia el pulmón, dándole muerte en menos de una hora. Eso no tenía perdón. ¿Cómo podría? Es más, ¿cómo era posible que él no hubiese estado cuando sucedió todo? Él, que no había hecho otra cosa que atender enfermos y aliviar a moribundos; él, que había abandonado su vida por ayudar a otros, no había estado para ayudarla a ella, la única mujer que había amado con toda la intensidad de su alma. No. No se perdonaría la ausencia en aquellos minutos en que su María querida agonizó y clamó por él.

Su duelo fue largo y escabroso. Una lucha permanente contra la vida, porque por más que pedía que se lo llevaran de una vez por todas, que todo terminara como ocurrió con su esposa, él seguía despertándose cada mañana en la misma cama, en la misma pieza, en el mismo rincón que compartió tantas alegrías. Pero una mañana, mientras estaba en esas labores, refunfuñando contra su mala

suerte y el Padrecito Negro desaparecido del mapa que no venía a ayudarlo en sus horas de dolor y duelo, abrió los ojos y encontró al pequeño Ernesto asomado a la cama. El niño lo miró serio, abrió la boca y dijo:

-Caca.

-...

Pero el pequeñín insistió:

-Caca.

-¿Y qué quieres?

-Caca.

-Si ya lo sé, me lo dijiste y puedo oler que estás podrido, pero yo qué sé de pañales ni sabanillas, ándate a jugar, ¿quieres?

-Caca.

-¡Ay, Dios mío!, este niño es una mula -exclamó mirando el Cielo y recordó a su querida María Rojas, y se levantó con dificultad.

La verdad sea dicha, el pequeño Ernesto estaba echo hasta el cuello, la caca le salía del pañal por la espalda y las piernas. Baquero se tomó la cabeza con las dos manos. ¿Qué hacer? María Emiliana no volvía hasta las dos de la tarde y el pequeño no podía quedarse con toda esa inmundicia encima. Pero él no tenía oficio en el armado de los pañales ni menos en el limpiado de traseros, eso, como que era colombiano y se apellidaba Baquero, era trabajo de mujeres. Pero el pequeño volvió a reclamar, lloroncín:

-Caca -y un par de lagrimones le corrieron por sus mejillas morenas.

Entonces, se le ocurrió la magnífica idea de manguerearlo. Le sacó el pañal, lo botó a la basura, instaló al pequeño en medio del patio y como quien riega el jardín, lo manguereó. Demás está decir la felicidad que le provocó al chico verse

libre de pañales y sin más ropa que una camisetita que le llegaba hasta la cintura, se largó a correr bajo el chorro de agua que caía como la mismísima lluvia del cielo, loco de alegría. Ta-ta-ta-ta, na-na-na-na balbuceaba el chico mientras el agua no paraba de caer e iba de un lado a otro saltando como un cabrito, tanto, que Víctor Emilio comenzó a reír, la primera risa en meses. Y así lo mantuvo hasta que María Emiliana volvió del trabajo y se asomó al patio para descubrir a su padre y a su hijo jugando en medio de un charco de barro.

CAPÍTULO XV

LAS primeras horas de la noche repasé una y otra vez el beso que Ernesto me dio en la entrada de la casa e imaginé otros escenarios distintos para el mismo beso, que se repetía con pequeñas variantes: en unas él me abrazaba o me acariciaba los hombros; en otras, yo le tocaba la cara y me acurrucaba junto a él. Sin embargo, horas después, me culpé por haber sido una tonta, tan ingenua. ¡Qué estúpida! Apenas lo conocía y por simpático que se hiciera conmigo, lo más probable es que jugaba a seducirme y la tontona había caído redonda cuando él seguro se habría reído a gritos con sus amigotes. Y lo imaginé así, muerto de la risa, contándoles que había logrado besar a la santiaguina.

Sentí tanta impotencia que no pude pegar un ojo de las ganas que tenía de que amaneciera para encararlo, decirle que estaba mal si pensaba que podía jugar conmigo, ja ja, que no pensara que había sido en serio lo de esa noche. Pero después, más tarde, me cansé y ya no tuve ganas de pensar en pelear y sentí una culpa infinita porque me entretenía jugando a enamorarme, mientras mi papá seguía postrado en una cama. Lloré mirando el amanecer, escuchando ese rumor de las olas que llegaban hasta la orilla y viendo cómo pasaron de un gris a un color azul intenso gracias a la luz de la mañana.

A las ocho salté de la cama y llamé a mi mamá. Le dije que estas eran las peores vacaciones de mi vida y que la tía Ema no hacía más que hostigarme, que no me dejaba hacer nada sola, que me trataba como a una niña y que estaba harta, lo cual era una verdad a medias, porque las cosas con ella se habían ido relajando. A parte del *impasse* de la primera semana, no habíamos vuelto a pelear y, aunque no podía decir que me tratara mal, en ese momento, sentía ganas de echarle la culpa a alguien, de que hubiese un culpable de toda esa amarga situación por la que atravesaba. También quería abrazar a mi mamá, conversar con mi papá, estar en Santiago, en mi pieza, en mi cama. ¡Quería a mis amigas!

Le pedí que me dejara volver a Santiago porque los echaba de menos. Mi mamá no se opuso, me dijo que, si quería, podía arreglar los pasajes y estaría mañana mismo en la casa. Se me revolvió el estómago.

—Mmm. . ., es que no sé, tal vez, la tía Ema se sienta mal —le contesté.

—La Ema lo va entender —dijo mi mamá y sonó cansada.

—Tú no sabes cómo es ella, mamá.

—¡Es mi hermana, Cristina! No me gusta que hables mal de ella.

—¡Pero mamá!

—¿Qué? Ahora no te quieres venir, no te entiendo.

¿Por qué era tan difícil hablar con ella? ¿Cómo hacer para que me entendiera? ¿Era posible que fuera yo la difícil? La pregunta quedó sonando.

—No sé —respondí.

—¿Sabes? Cuando te decidas, me llamas.

—Mamá.

—¿Qué?

—Te quiero —le dije bajando la voz.

—Yo también te quiero, Cristina, por eso, si es que estás pasándolo tan mal, te arreglo los pasajes y te vuelves.

—Déjame ver cómo andan las cosas, ¿bueno?

—Como tú quieras —dijo.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿Te sientes bien?

—Estoy cansada, sumamente cansada, pero eso, nada más.

De repente, tuve miedo de que ella se enfermara como mi papá.

—No quiero que te enfermes —le dije.

—Y yo espero no enfermarme —contestó.

Quedamos de hablar al día siguiente para ver lo de la fecha del pasaje, pero supe que no me iba a ir. Al menos, no todavía. Necesitaba volver a ver al viejo y sobre todo, a Ernesto. De todos modos, ese día me quedé en la casa. Me puse a revisar la biblioteca que tenían mis padrinos. Había muchísimos libros de psicología, astronomía, tesis doctorales sobre temas diversos como la vida más allá de la órbita solar, la construcción de los sistemas planetarios. En fin, que se notaba que a mis tíos el Universo les atraía. Estaba en eso cuando descubrí un libro pequeño, insignificante, casi como un cuento, porque tenía apenas cien páginas, nada más. Se llamaba *El Juicio Final* y su autor era un ruso desconocido, muerto en medio de la Guerra Fría. ¡Ja! Por entonces, viendo todo lo sufrido por mi padre, comenzaba a sospechar que la muerte había que merecerla.

Lo tomé. Me atrapó desde la primera página. Contaba la historia de un hombre en su juicio final. Partía con una escena bizarra: un hombre sin nombre se presentaba ante Dios ignorando que había muerto y que aquel hombrecillo canoso con mirada angelical que tenía enfrente, era el mismísimo Señor de los Cielos. Por eso actuaba con desenfado pensando que toda esa gente que lo rodeaba y que formaba parte de un jurado, le tomaban el pelo. Pedía que le devolvieran el dinero, que la película o teatro al que asistía, era malísimo.

Por qué no lo dejaban volver de una vez por todas a lo que estaba haciendo, preguntaba. Pero, a medi-

da que pasaban las páginas de ese diálogo de locos, en donde el hombre se refería a Dios como “usted, el de la barba blanca”, comenzó a darse cuenta de que, efectivamente, su persona, su cuerpo, digamos, seguía en medio de una calle en donde un auto le había pasado por encima, reventándole la caja torácica y mandándolo directo a esa sala entre las nubes. Comprendió entonces que de sus respuestas dependía si descendía a los infiernos o subía a los Cielos y se percató de que probablemente sus exabruptos y su forma inapropiada de dirigirse a Dios, le habrían valido la enemistad del Jurado. A partir de ese momento, comenzaba una carrera desesperada por revertir la situación al tiempo que el escribano de Dios anunciaba que el juicio debía terminar.

En ese punto el libro describía cómo, desde ese podio en donde se encontraba el protagonista, se podía ver el infierno y sus hogueras interminables; y el cielo, una especie de Estadio Nacional repleto de personas que asistían felices a un banquete. El hombre sin nombre, le preguntaba tímidamente a Dios por qué la gente estaba ubicada en estradas, como si asistiera a los Juegos Olímpicos, y Dios, que le mostraba una paciencia infinita, en vez de responderle, le preguntó que qué sentía cuando veía uno y otro escenario y, entonces, el hombre contestaba que paz cuando miraba hacia arriba y angustia cuando se dirigía hacia abajo. Dios, entonces, le preguntó si había dejado algo sin hacer en la Tierra, y el hombre, impostando una voz inocente, le contestaba que no había entendido nada. ¿Cómo nada?, quería saber

Dios, y el hombre le contestó que no entendió el por qué de su vida, sus circunstancias; no entendió la insignificante participación que le correspondió y remataba con una nueva pregunta: ¿Eso era todo? ¿Cualquier día se acaba?

Cerré el libro con desconcierto y lo devolví a su lugar en la estantería. Entonces recordé que una de las lecturas preferidas de mi papá era, precisamente, la de otro ruso que escribió *Los hermanos Karamazov*. A mi papá le gustaba leerlo todos los veranos. Una vez le pregunté si no se aburría de leer el mismo libro tantas veces y me contestó que no. Que cada vez que lo leía, era como si leyera un nuevo libro.

—Este, Cristina, es un libro de “cabecera” —me dijo.

Estábamos en la terraza de la casa en Zapallar y mi papá, por enésima vez, había tomado el libro.

—Son de esas novelas que me gusta llamar “épi-cas”, no porque realmente lo sean, sino porque se escriben intentando abarcar los grandes problemas del hombre enfrentado al hombre —continuó.

No supe qué responder. Seguía pensando que no tenía ningún libro que me acompañara en mi cabecera. Él continuó:

—La vida, la muerte, el amor, la fidelidad... En ellas está todo, Cristina, como el poema *Altazor*, de Huidobro, ¿lo has leído? —me preguntó y asentí, pues en el colegio nos habían hecho leer uno de sus cantos.

—¿Entiendes lo que te digo?

La verdad es que no estaba segura.

—Altazor narra la historia del viaje finito que emprende cualquier hombre al dejar su casa materna para descubrir el mundo que está afuera. Y esa proeza, sin necesidad de dar detalles, es digna de contarse como una aventura heroica —dijo.

Volví los ojos al libro de hojas amarillentas. Me pareció que no tenía nada de épico, más bien, de ironía. ¿Puede uno reírse de la muerte?, pensé y seguí revisando las obras que descansaban en esas apretadas repisas. Pensé en mi padre, en lo mucho que le gustaba leer, en su manía por subrayar párrafos que después apuntaba en una libreta... La tristeza se me agolpó en la garganta. Y eché de menos esos veranos familiares y nuestras conversaciones, ¿cuándo volvería a ser como antes o nunca sería igual? Nuevamente tuve la sensación de estar dentro de una pesadilla y que pronto abriría los ojos y descubriría que nada había pasado. Pero a veces la realidad es cruel. Como le ocurrió a ese pobre protagonista de la novela rusa en su juicio final... Uno no entiende por qué está viviendo lo que le toca y no queda más que aceptarlo, por muy doloroso que resulte. No existe otra manera de zafar.

Decidí ir al cementerio. ¿Por qué? En ese momento pensé que si el viejo había sido capaz de transmitir un recado de mi hermano, podría darme una explicación sobre lo que pasaba en mi vida.

CAPÍTULO XVI

BAQUERO comenzó a cuidar al chico.

María Emiliana se percató inmediatamente del embrujo que el pequeño tenía en su padre y lo dejó a su cargo. A veces, intencionalmente, se demoraba cerrando la caja o limpiando el local o se iba directo a la feria, aun cuando el sol caía con crueldad a eso de las tres de la tarde y apenas estaban abiertos un par de puestos. De todos modos, demoraba el paso y atrasaba su llegada. Ni el viejo ni el chico lo resintieron. Lo pasaban tan bien juntos que las horas se les hacían pocas. Es cierto que Baquero hacía como que era una carga para él y, apenas María Emiliana ponía un pie en la casa, comenzaba a refunfuñar que él estaba viejo para cuidar mocosos, que el chico debería estar con su madre,

que no hacía más que llorar el pequeño sabandija, que era muy desordenado. Así acrecentaba su lista de reclamos. Pero bastaba que María Emiliana se metiera a la cocina o se fuera a regar los maceteros que sobrevivían en el patio, para que ellos jugaran y conversaran como buenos amigos. Porque el viejo no solo lo cuidaba, sino que le enseñó a hablar, a cantar y, sobre todo, a bailar como un colombiano de pura sangre. Sí, señor, él podría haber dejado su tierra por amor, pero no olvidaba que en sus tiempos mozos le gustó rumbear, que consideraba el vallenato la mejor música del mundo y que estaba convencido de que lo que realmente forja a un hombre es el espíritu, su gallardía, que si no se educa, se está frito, pues un hombre sin mujer o, más bien, un hombre sin poder seducir a una mujer, era como un perro sin su cola, como un auto sin sus ruedas. No, señor, un hombre debe saber conquistar a su dama. Así es que le enseñaba al chico y este aprendía rápido. Entonces, el viejo Baquero, a quien después de que murió María Rojas, se le vinieron todos los años encima –el pelo se le puso albo, igual de tupido, igual de vigoroso, pero blanco como la nieve–, sonreía orgulloso con las gracias que demostraba tener el pequeño. Ernesto tenía una capacidad natural para la conquista. Oh, sí, así era.

Un día, estando María Emiliana en el trabajo, al viejo se le ocurrió llevar al niño al cementerio. Se asearon y vistieron con pantalón y camisa blanca, se peinaron con una partidura al costado y, a eso de las diez de la mañana, se fueron directo a la feria donde compraron un ramo de flores. La gente que los vio pasar, no podía creerlo: Baquero vivito y coleando, tan campante con su nieto de la mano.

¿No era que estaba enfermo? ¿No habían dicho que tenía el cuerpo lleno de pústulas supurándole la piel? ¿No era que

le quedaba poco de vida? ¿Cómo era eso que decía que la vieja María Rojas lo había mandado llamar no más llegada arriba y que el viejo estaba, como quien dice, con los pies en las puertas del Cielo?

Las preguntas quedaron sin respuestas, porque nadie se atrevió a decir ni pío. Solo se acercaron a saludarlo, a darle las gracias atrasadas por alguna ayudita que les había prestado. Él sonrió sin detenerse hasta que llegó al cementerio. Una vez ahí se paró en seco.

–¿Qué te pasa, tata? –preguntó el chico.

–No pasa na, una penitica no más hijo. Una penitica que me carcome el alma –contestó el viejo y se quedó quieto sin decidirse a dar un paso adentro.

Al rato, Ernesto, que por entonces tenía cinco años y estaba como bruto de aburrido, se soltó y caminó hacia el cementerio y se puso a jugar con unos autitos de plástico que había sobre una lápida.

–Deja eso, mocososo –le ordenó Baquero, pero el chiquitín hizo como si nada, siguió jugando.

El viejo le advirtió:

–¡Suelta ese juguete, miéchica o nos vamos pa la casa!

Nada. El pequeñín ni que le hubieran dicho, jugaba de lo más contento. Así es que a Baquero no le quedó más remedio que dar ese paso fatal adentro, tomar del brazo al desobediente y cuando se disponía a marchar, lo pensó mejor. Estaba dentro del cementerio, ¿qué le costaba pasar por la tumba de su querida María Rojas? Dio media vuelta y se encaminó. ¡Ay, Señor! ¡Cómo le dolía el corazón! Si sentía que le faltaba el aire, que las piernas le andaban flojas. ¡Pobre Víctor Emilio! Qué impresión se llevó al ver esculpido en el mármol el nombre de su mujer. Se le apretujó el alma, como si un par de puños se la aplastaran.

Vaya uno a saber por qué tuvo el impulso de ponerse a cantar. A todo pulmón, un vallenato:

*Voy a hacerte una casa en el aire
solamente para que vivas tú.*

*Voy a hacerte una casa en el aire
solamente para que vivas tú.*

*Después le pongo un letrero bien grande
de nubes blancas que diga María, mi luz.*

Y así estuvo animando el cementerio durante un par de horas. Cuando terminó se sentía mejor, muchísimo mejor, tanto, que pensó que no sería mala idea volver al día siguiente.



CAPÍTULO XVII

EL cementerio estaba completamente vacío y pensé que no era buena idea pasearme sola, pero entonces escuché el murmullo de los rezos cantados del abuelo de Ernesto y me saltó el corazón. Me puse nerviosa pensando que me lo encontraría junto a su abuelo y tendría que encararlo, pero pensar en eso me dio ánimo. Entré dando zancadas, caminé por un pasillo y otro, y no lo encontré. Los cementerios tienen algo de laberinto a veces, y las tumbas, las criptas, las cruces y los ramos de flores rancias, se parecen demasiado. Al final, me perdí. Eso me pasó. Y me acordé de la máxima de mi papá: “cuando te sientas perdida, detente”. Eso hice. Me senté y miré al cielo y, entonces, sentí que me hablaban:

—¿Cómo está?

El viejo disfrazado con su traje brillante y su capa hasta las rodillas me miraba con curiosidad.

—Necesitaba hablar con usted —le dije— se fue tan rápido el otro día...

—¿Se siente bien ahora? —preguntó haciendo caso omiso de lo que le había dicho.

—Sí, pero necesito hablar con usted —repetí.

—¿Por qué? Muchas veces es mejor callar, ¿se da cuenta?

—Perdón, pero usted nombró a mi hermano el otro día. —Hice una pausa. Hablar de él me emocionaba, aún cuando no lo había conocido. Respiré hondo y seguí—: Mi hermano murió al nacer. Éramos mellizos, pero nadie supo que éramos dos hasta que mi mamá se quejó de dolor, diez minutos después de que yo naciera. Recién ahí se dieron cuenta de que venía otro.

—¡Mire, qué apuro! ¿La ha tratado bien Ernesto?

—¡Oiga, señor!, no me cambie de tema, por favor —insistí, pero él continuó como si nada.

—Ha hablado mucho de usted, parece que se han hecho amigos, ¿no?

—Mmm.

—¿Ve?

—¿Qué?

—Que usted no ha venido a conversar conmigo, usted quiere hablar, pero no está dispuesta a escuchar —dijo con el mismo tono de siempre, como si nada le afectara realmente y continuó—: ese es el problema con la juventud, su urgencia. Siempre es mejor detenerse.

—Mi papá dice lo mismo —contesté un poco asombrada.

—Hágale caso, deténgase.

—Estoy detenida, ¿no?

—Usted está sentada, pero su cabeza corre como una liebre. Oblíguela a detenerse, a parar un rato. Haga el ejercicio, se va a acordar de mí, con el tiempo se va a convertir en una gran mujer. Tal vez, en una escritora.

—¿Cómo dice?

—Usted, puede llegar a ser una gran escritora, pero es preciso que escuche, que ejercite a su mente —dijo.

—Sí, me gusta leer..., ¿le contó Ernesto? Pero no pienso ser escritora —respondí cansada del tono sermonero del viejo.

—Ojo con lo que lea, ¿eh? No todo cultiva el espíritu y lo importante a su edad es enriquecer el alma y ejercitar la mente. Esas dos cosas.

—¿Usted siempre habla así? —le pregunté insolente.

—¿Así cómo? —preguntó el viejo y se acomodó la capa.

—Como un extraño. Como si estuviera en otro planeta.

—¡Qué cosas dice, niña! Puras leseras, llega y larga, no piensa siquiera, usted ha de saber que tengo los pies en la tierra —respondió muy serio.

—Perdóneme, es que todo ha sido muy extraño últimamente.

—La vida es extraña, impredecible. Acéptela con calma, pero, para eso, tiene que dejar de correr.

—...

—La gente no tiene fe, ese es el verdadero problema —dijo.

—Y eso, ¿por qué lo dice?

—Usted no tiene un pelo de lesa, se dará cuenta solita. Ahora, ¿por qué no va a buscar a Ernesto? Seguro que la anda buscando por ahí.

Me sonrojé sin querer.

—No se preocupe, no le voy a contar nada.

—¿Nada de qué?

—De que le gusta a usted —dijo el viejo y me quise morir de vergüenza.

—¡No me gusta! —reclamé roja como un tomate.

—Quédese tranquila, no diré nada —contestó llevándose el dedo índice a la boca.

—Pero es que usted no entiende, ¡a mí no me gusta Ernesto! ¡No me gusta nadie! —dije rabiosa.

—Como usted diga —dijo el viejo.

—Señor, de verdad, vine porque necesito preguntarle algo, es importante para mí. —Volví a la carga.

—Usted quiere que le hable sobre cosas que tampoco yo entiendo. ¿Qué puedo decirle, entonces?

—Que me diga como es que puede hablar con mi hermano.

—Yo no dije que hubiese hablado con su hermano —respondió.

—Pero usted...

—Yo nada.

—Bah, Ernesto dijo que usted era una eminencia.

—¡Leseras!, ahora, si no le incomoda, debo continuar con mi trabajo —dijo y me guiñó un ojo.

—Pero...

El viejo, con sus hombros caídos, se fue silbando y desapareció por el pasillo. Volví a la casa por la playa, confundida, un poco desilusionada también. Esperaba preguntarle sobre mi padre, sobre lo que iba a pasar, y resultó que el viejo estaba más loco que nunca.

CAPÍTULO XVIII

BAQUERO cantó esa tarde y las que siguieron, siempre en compañía de su nieto que se iba convirtiendo en hombrecito. Extrañamente, pese a que iba al cementerio, pese a que religiosamente visitaba la tumba de su María Rojas (que ya no estaba con él, sino en su casa en el Cielo), se pasaba la mañana entonando baladas; y mientras más cantaba, más animoso se sentía, como si el corazón se le llenara de alegría y de una tranquilidad infinita, reposada.

Y dicen que un día se le apareció un niño, algunos piensan que fue Lucas; otros, que no, que fue cualquiera. El asunto es que se le apareció y le dio un recado. Le dijo que fuera hasta la casa de los Sánchez y les dijera que

tuvieran cuidado con el negocio y así lo hizo Baquero. Al poco tiempo, lo visitó una anciana preocupada por su nieta; más tarde, un hombre inquieto por su mujer, y así, Víctor Emilio comenzó a hacer de recadero para los amigos, primos, hermanos y esposas de muchos que ya no estaban. La gente comenzó a temer su paso rítmico cada vez que lo veían pasar, pues ya se sabía que el viejo traía noticias, a veces buenas, a veces no tanto. Baquero tocaba la puerta de la casa y lo hacían pasar –le tenían cariño al viejo–. Le convidaban una tacita de té o alguna otra cosita para echarse a la boca y Baquero accedía con una sonrisa. Era agradecido el viejo, pero ya no contaba historias ni animaba la casa como solía hacerlo antes cuando cuidaba de los enfermos. Antes, él era toda alegría. Ahora, no era raro verle escapar una lágrima. Por eso, tal vez, se limitaba a dar su recado, tomarse el tesito, levantarse e irse, sin prisa y con pausa.

¡Tan buen tipo este colombiano que cuidaba el cementerio!, dijeron algunos. Otros, lo miraron con desconfianza.

Las malas lenguas decían que se pasaba de copas, que se había vuelto medio chocho, como quien dice, que andaba con un tornillo suelto y que aquellos mensajitos del más allá, eran fruto de su trasnochada imaginación.

Así, mientras más crecía en él su interés por el cementerio y envejecía sintiéndose orgulloso, la desconfianza se extendía entre la gente. Pero la verdad sea dicha, el viejo Baquero no había vuelto a empinar una copa desde que cuidaba al pequeñín; a veces, en contadas ocasiones, lloriqueaba por un traguito y María Emiliana le servía un dedal de pisco que el viejo sostenía con dedos tiritones y una sonrisa de oreja a oreja pero no llegaba a dar ni un solo sorbo, pues al rato se quedaba dormido.



Las cosas se desbordaron para María Emiliana una mañana en que lo vio aparecer vestido con un traje negro de satín brillante, un gorrito y una capa que le llegaba hasta las rodillas, toda ribeteado en amarillo brillante como el oro. María Emiliana pensó que su padre había enloquecido.

–¿Y a qué se debe el disfraz? –preguntó con un nudo en la garganta.

–Un animador de muertos tiene que tener un traje de gala –contestó el viejo inflando el pecho.

–¡Ay, papá!, ¿qué cosas dice? –lo regañó María Emiliana e intentó sacárselo.

Forcejearon un rato, pero el viejo, igual que su madre, era una mula porfiada y vestido de esa manera se fue para el cementerio.

A esas alturas, Ernesto ya era un hombre, un chiquillo de 14 años y María Emiliana decidió que era hora de que se hiciera cargo del viejo, no solo que lo acompañara, sino que lo defendiera.

–No quiero que ande solo vestido así, ¿qué van a decir? –se lamentó.

Pero el chiquillo no estaba de acuerdo.

–¡Mamá, el abuelo es una eminencia! Por donde pasa, la gente lo saluda.

Eso era verdad, pero también que hablaban a sus espaldas. Ella no era sorda ni lesa. La gente decía cosas al verla pasar, así como quien deja caer algo, tiraban una frase, solo que ella hacía como que no oía e intentaba olvidarlas, dejarlas atrás por insignificantes. Aun así, la malevolencia de la gente le apretaba el corazón.

¿Acaso no sabías que se volvió loco?, escuchaba. ¡Pobre hombre! ¡Pensar que era tan buen curandero! Ahora, mírenlo cómo anda. ¿Qué se cree vestido así? Esas frases dichas se

le repetían mientras pasaba con furia la esponja sobre los platos. A veces, en la fuente de soda la gente pedía atenderse con ella solo para preguntarle por su padre, para saber si era cierto lo que decían en el pueblo, de que hablaba con los muertos y ella:

–¡Qué va! ¡Cosas que dicen! ¿Cómo se le ocurre semejante tontería? ¿Y en qué puedo servirle?

–No, no, pero dígame –insistían–. Dicen que le ha dado por cantar en el cementerio.

–¡Ah!, pero esa es otra cosa –alegaba ella–; se trata de una costumbre colombiana, ¿no lo sabía?

No, la gente no tenía idea que por allá le cantaran a los muertos.

–Animero, se llaman.

–¿Animeros?

–Sí, sí, animero es el que cuida las ánimas del cementerio –contestaba María Emiliana.

–¿Y dónde la vio oficio tan extraño? –le preguntaban.

–¡Vaya uno a saber! –respondía–. Pero en Colombia es reconocido. Todo cementerio tiene su animero.

Así callaba María Emiliana las habladurías, pero ella sabía que sus palabras actuarían como represas, aguantarían lo que pudieran y cuando viniera el temporal, se desbordarían. Porque la gente no paraba de hablar y ella temía que no pararían nunca. Sin embargo, lo que le mortificaba las ganas y las fuerzas, porque a esas alturas María Emiliana se sentía cansada como una anciana y eso que andaba recién por la cuarentena, era la rapidez con que habían olvidado todo lo que los ayudó su padre. ¡Manga de malagradecidos! ¡Ingratos de porquería! Apretaba los dientes mientras cuadraba la caja en el restaurante y enrollaba con un elástico los fajos de billetes de mil para entregar

el turno a las dos de la tarde. ¿Qué más les daba que el viejo hiciera lo que se le viniera la gana? ¿Por qué no lo dejaban en paz? Sí, porque, ¿dónde estaban esos que con tanto fervor iban hasta su casa para buscar a su padre, o acaso pensaban que ella no recordaba nada? ¿Cómo podría olvidar ella los lamentos de su madre cuando llamaban a la puerta en medio de la noche y los despertaban solo para sacarlo de la cama con urgencia? Entonces, ella era la niña mimada de Caldera, todas las madres querían tener por amiga de sus hijas a María Emiliana Baquero Cárdenas, hija del sucesor del Padre Negro. Todas la convidaban a las matinés, todas le presentaban a sus hijos, todas la reconocían en la playa.

Ahora, cambiaban de vereda cuando la veían pasar. Como si se tratara de una leprosa, como si su padre hubiese cometido un pecado mortal al envejecer y convertirse en animero, como si esa misma palabra fuera una blasfemia, una traición. ¿Dónde la vieron?

Por eso pensó en Ernesto. Tan guapo que le salió el cabrito. Más alto que todos los Rojas juntos, delgado y moreno, con unos ojazos redondos y una nariz prominente, era todo un galán. Además, buen alumno, el mejor de su clase, buen atleta y el mejor buzo que se conocía en la zona. ¡Ah, cómo se zambullía entre las rocas el chiquillo! Y con qué gracia andaba por las calles sintiendo que el futuro era todo suyo.

Ella podía ver a las chiquillas abalanzándosele en la plaza, cómo lo saludaban con las mejillas rebosantes de pudor y coquetería, y él les respondía con la indiferencia de un cabrón, solo que no era cabrón, ella lo sabía. Cabrón había sido su padre que la engatusó, la embarazó y después se largó de vuelta a Iquique. Su hijo, en cambio, era acabronado, pero no cabrón. Porque sabía tratar a las mujeres con delicadeza,

con sobriedad. Con galantería natural, diría ella. Y crecía sano y vigoroso, y a María Emiliana se le inflaba el pecho de orgullo maternal al verlo. ¿Qué más podía pedir? ¡Pues que cuidara del viejo! Con esa estampa, pensaba ella, no se atreverían a reírse del anciano ni de ese ridículo sombrero que se ponía en la cabeza.

Ernesto los mantendría callados. Así se esperanzó.

CAPÍTULO XIX

LO vi venir. El corazón se me fue a la garganta. Se me acercó sonriendo.

-Te eché de menos -dijo.

-...

-Pasé por tu casa varias veces, pero no te vi por ningún lado.

-Estaba leyendo.

-¿Me estabas rehuyendo?

-¡No! Estaba metida en un libro.

-¿Un libro es más importante que yo?

-Sí.

-Eres cruel.

-¿Cruel? ¡Qué cursi!

-Mire quién habla. ¿Quieres ir a bucear?

–No sé bucear –le mentí.
 –Puedo enseñarte.
 –No sé, no creo que pueda aprender, me da miedo
 –seguí mintiendo.
 –La princesa... –comenzó a decir y lo paré en seco:
 –¡Ah, no! Si me vas a molestar, me voy.
 –Estás sensible, ¿eh?
 –¿Sabes qué más?, adiós –le contesté y me di media
 vuelta.
 –¡Hey! –dijo tomándome el brazo–. ¿Qué te pasa?
 –Nada.
 –¿Es por lo de anoche? –me preguntó y enrojecí.
 –No, es que estoy cansada –volví a mentir.
 –Vamos a bucear, te enseñaré.

Me moría de ganas de ir. Me hubiese gustado
 conversar, contarle mis cosas, no sé, darle un beso,
 pero algo me detuvo, supongo que fue el miedo.

–No, mejor me voy a mi casa –respondí.

Él no me siguió y me dieron ganas de llorar, pero
 continué caminando hasta que llegué a la casa. Me
 senté en la mesa de la cocina y dejé que la tía Ema
 me preparara un pan con huevo y jamón frito. Esta
 vez, quería rellenarme de comida.

Dos días después, Ernesto me fue a ver. Tocó la
 campana del portón de la casa y yo abrí la puerta sin
 imaginar que me lo encontraría parado al frente mío.
 ¡Me quise morir de vergüenza! Es decir, me había
 pasado dos días de claustro, porque no salí más que
 a trotar muy temprano en la mañana, pero el resto,
 me lo pasé cocinando con la tía Ema y leyendo. Así
 es que estaba de buzo y polera de pijama.

–Quiero hablar contigo –me dijo.

–Espérame, ya salgo –le contesté y, sin pensar, le
 cerré la puerta en las narices.

Me fui corriendo al baño, me puse unos shorts y
 me cambié de polera, me peiné y me pinté los ojos.
 Luego me miré al espejo y me puse otra polera nueva,
 blanca con tirantes.

–¡Voy a salir! –le dije a mis tíos.

–¿Con este calor? –preguntó mi tía Ema.

–Eh, sí. Es que quiero dar una vuelta, ya vuelvo.

–Y me fui lo más rápido que pude.

Ernesto me esperaba sentado bajo un pimiento.

–¿Me demoré mucho?

–Algo, pero está bien, no te preocupes.

–¿A dónde vamos?

–¡Shhh! –Hizo un gesto que me callara y, luego,
 casi en susurro, me pidió que no le preguntara nada
 hasta llegar adonde íbamos. Le dije que bueno y me
 tomó la mano. Sonreí, su mano estaba transpirada
 y probablemente la mía también, no recuerdo, es
 que estaba tan nerviosa de estar con él y, a la vez,
 tan contenta de que me hubiera ido a buscar, ya
 que pensé que no lo volvería a ver y que me iría a
 Santiago y nunca más sabría de él...

Caminamos en silencio hasta la plaza y lo agradecí,
 tampoco sabía qué decirle.

Nos sentamos en el banco donde él estuvo sentado
 con su abuelo el día que llegué a Caldera.

–Hace unos días, aquí mismo, vi aparecer a la
 mujer más linda que he conocido en mi vida. Se bajó
 de un *transfer* ahí, ¿lo ves? –preguntó y me sonrojé.

Continuó—: Ella era de Santiago y muy quebrada...

—¡Oye!

—Déjame terminar —pidió y siguió—: Quebrada, sí, pero linda, linda, linda y ¿sabes qué más? Que me gusta mucho.

—...

—Sé que se irá cuando terminen sus vacaciones, pero la llevaré aquí —dijo poniendo una mano en el corazón—. No podré olvidarla porque es irremplazable.

—...

—A veces, se queda muda, otras se enoja y parece que le fueran a salir chispas —dijo acariciándome la cara. Lo único que quería es que me diera un beso.

—La he visto bucear, aunque ella dice que no sabe.

—Bueee...

—¡Shhht!, también sé que le gusta leer y que a veces cambia a los amigos por un libro.

—¡Oye! —reclamé y le di un empujón.

—También me gustaría darle un beso.

—Ya me lo diste —respondí riendo.

—Otro, de este porte —dijo con sus dedos mostrando un centímetro.

—¿Tan chiquitito?

—Diminuto.

—Bueno, ya.

—Ah, ¿y más encima se hace de rogar?

—...

—Ven pa acá —dijo abrazándome y me dio un beso.

Por un minuto fue su boca y la mía, sus labios delgados, suaves, contra los míos. Luego, me besó en la pera, en la comisura de los labios, en las mejillas y

de vuelta a la boca. Dulce, pausado. Cerré los ojos. Sentí su lengua moverse rítmica. No sé cuánto duró ese beso, pero en algún momento nos tomamos de las manos y seguimos besándonos con las manos juntas, sentados en el mismo banco de la plaza, unidos por un beso.

CAPÍTULO XX

UNA mañana el viejo Víctor Emilio amaneció exaltado.

-Me voy pa'l cementerio -dijo no más puso un pie en el suelo.

-¿Qué le apura tanto? -le preguntó su nieto.

-Ernestico, no me hagas decir, me voy pa'l cementerio.

-Se vistió y se fue.

El chico se puso lo primero que encontró y salió detrás de su abuelo.

-Pero, dígame tata, ¿qué le pasa?

El viejo no dijo ni pío. Llegó al cementerio a buen tranco, tanto, que a Ernesto se le hizo difícil seguirle el ritmo y, más de una vez, tuvo que correr para alcanzarlo. Entró por

el callejón principal, se fue hasta el fondo y ahí, en medio de la nada, cantó.

–¿A quién le canta hoy día? –preguntó el chico divertido de ver a su abuelo tan extraño.

Ni una palabra. El viejo seguía ensimismado y, por primera vez en sus dieciséis años, Ernesto temió por su abuelo. Recordó las advertencias de su madre y pensó que tenía razón, que quizás aquello que ella no le decía, pero que dejaba entrever cuando pedía que lo acompañara, era una amenaza mayor que la que él imaginaba.

Cantó no más de dos canciones cuando decidió que no, que no era en el cementerio donde debía estar, sino en la plaza.

–¿En la plaza? ¿Y qué va hacer en la plaza? –el chico preguntó desconcertado.

Pero el viejo no estaba para explicaciones. Simplemente, agarró tranco largo y partió. Ernesto se fue tras él, corriendo de tanto en tanto para que no lo dejara atrás.

–¡Cálmese, tata! –le pidió agarrándole del brazo, pero el viejo siguió.

Solo se detuvo en la plaza. Miró alrededor, descubrió un banco a la sombra y se sentó.

–¿Y? ¿Esto a qué se debe? –preguntó el chiquillo sonriendo, pero el viejo andaba como si le hubiesen comido la lengua los ratones.

Así es que esperaron. Al principio los dos sentados, al rato, Ernesto comenzó a impacientarse y se levantó.

–¡Oiga! ¿Qué estamos haciendo aquí?

–No sea apurete, carajo –dijo el viejo por fin.

–¡Qué bueno! ¡Le volvió el alma al cuerpo, eh!

–Mi alma está donde debe –replicó el viejo llevándose las manos al pecho.

–Es que anda como un loco por Caldera.

–¡Ni qué loco ni nada!, no sea falta de respeto –protestó el anciano.

–No se me ofenda, pero dígame, ¿qué estamos haciendo?

–Esperar.

–Sí, lo veo, pero esperar qué.

–Ya verá.

–¡Mire! De nuevo se me puso extraño, ¿qué le cuesta decirme qué esperamos?

–Sea paciente, ¿quiere?

–Ahhh, andamos con misterios, ¿eh?

–...

–Ya, ya, no se me enoje, si era una broma.

Y bastó que el muchacho se descuidara un minuto para que el viejo se quedara dormido.

–¡Pst! Buena es la cuestión y ahora se queda dormido –refunfuñó.

Así es que obligado a esperar, ¿qué o quién? Ni idea, pero ya se preocuparía él de evitar que el viejo hiciera alguna estupidez. Pasó un rato y se levantó para comprarse un helado. El viejo seguía durmiendo. Pasó otro, vio venir a la Laly. ¡Chita que está buena! ¡Y qué faldita más corta!

–Oiga, usted cada día más linda –le dijo.

–¿Y en qué andas? –preguntó la lolita que contorneaba su geografía de manera que algo saliera a la luz.

–Aquí, con mi abuelo.

–¡Qué lindo!

–Nada de lindo –le contestó acercándosele al oído–, usted es la más linda de esta plaza.

Y la chiquilla se sonrió y volvió a mover caderas y hombros dejando escapar otra cosita por ahí.

-¿Nos vemos? -preguntó.

-Hay una junta en la casa de la Marisol esta noche, ¿vas a ir?

-Cuenta conmigo -dijo él y le dio un apretón en las caderas. La lolita se fue moviendo exageradamente su trasero.

-A esa me la agarro en la noche -pensó en voz alta y su abuelo lo regañó:

-¡Ni qué agarrar ni que ocho cuartos! Necesito que me ayude -dijo la voz traposa de Baquero.

-Miren quién despertó. ¡Ya era hora!

-El *transfer* -dijo el viejo.

-¿Qué hay con ese *transfer*?

-Ahí viene la chica.

-¿Cuál chica? ¡Está soñando abuelo, no viene ninguna chica! -dijo Ernesto mirando hacia el vehículo que se ubicó a un costado de la plaza.

Pero el viejo no dijo más y se quedó mirando las maniobras del chofer que estacionaba la máquina. De pronto, se abrió la puerta y el copiloto descendió y abrió el portamaletas. La gente comenzó a bajar de a poco. Y ahí estaba la chica. Una muchachita menuda, de pelo oscuro, corto y mirada intensa. Ernesto sintió que se le helaba la sangre.

-Cuando se acerque, pídele fuego -le dijo el viejo y el muchacho tragó saliva.

-¿De qué está hablando?

-A la chica, que le pidas fuego.

-¿Por qué?

-¡Qué te pasa, marica! ¡Que le pidas fuego cuando se acerque, te piden!

-Ya, ya, no se altere, tata -respondió el muchacho acomplejado.

"Hubiese preferido conocerla en otras circunstancias", se lamentó cuando la vio sentarse a pocos metros de donde estaban ellos.

CAPÍTULO XXI

EN rigor estaba saliendo con Ernesto. Digo, éramos amigos con ventaja, pero yo quería algo más. No sé bien qué, pero quería algo más, una promesa futura, tal vez, quedarme a vivir en Caldera –aunque fuera imposible–, cambiarme de colegio. ¿Por qué no? El mío, de puras mujeres, por el liceo mixto de Ernesto. En Santiago solo me esperaba la soledad de mi casa, la tristeza de ver a mi papá que ya no era mi papá, sino el recuerdo de mi papá y, en cambio, en Caldera podría empezar de nuevo, ser lo que yo quisiera. Poco a poco, me puse rancia.

Ernesto se dio cuenta. Un día que íbamos a bucear, me tomó por la cintura y me preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada —le contesté.

No me atreví a contarle lo de mi papá. No sé, su enfermedad, su estado semiconsciente, nuestra situación familiar, la mía y de mi mamá, y todo lo que me rodeaba. Me parecía demasiado personal como para comentárselo a nadie. Era algo que, pensaba, debía vivir sola y que se haría más grande y pesado si lo contaba a otra persona; peor, que se haría real, porque el hecho de que nadie en Caldera —excepto mis padrinos— supieran lo que me ocurría, me daba una libertad que en Santiago no tenía. La libertad de mi anonimato en esa tragedia, mi propia tragedia familiar.

Sé que Ernesto sospechó que las cosas no estaban del todo bien.

—Nunca me has hablado de tu familia —preguntó una vez.

—Tú tampoco —dije.

—¿Qué quieres saber?

—Nada —le contesté.

—Pregunta algo, cualquier cosa —insistió.

—¿Para qué?

—No sé, porque somos amigos y se supone que los amigos hablan de sus cosas, ¿no?

—En todo caso, no hay nada que no sepas —dije.

—¡Pero si ni siquiera sé si tienes hermanos!

—Tuve uno... —sentí escalofríos—; te habrá contado tu abuelo.

—¡Nah! Es poco lo que cuenta el viejo.

—Se murió al nacer. Éramos mellizos.

—¡Qué fuerte!

Las conversaciones no pasaron de eso, pero la suspicacia creció como la mala hierba. Lo sé. Tal vez mi silencio lo arruinó todo, puede ser, porque en vez de pasarlo bien las dos semanas que me quedaban junto a Ernesto, actué como alguien que tiene los pies en un precipicio, ¡el maldito precipicio que me perseguía y me mareaba de pánico y angustia! No sabía en qué momento iba a caer, pero me manejaba con esa única certeza: que me esperaba una caída.

Necesitaba pensamientos positivos, pero no los tenía. Necesitaba contagiarme de esa alegría que tenía él, pero estaba llena de pena. Necesitaba creer que la vida me alcanzaría en algún momento, pero la vida parecía estar en cualquier lado, menos cerca de mí.

Logré mantener la calma durante unos pocos días después de ese beso en la plaza. Fuimos a la playa, buceamos y me gustó que se quedara viéndome correr hasta la orilla para sumergirme en el mar. Fuimos a un par de fiestas, nos reímos y me alegré verlo bailar con ese movimiento de caderas, me gustó que me tomara de la cintura, que me llevara, que me hiciera dar vueltas para un lado y otro, que sus manos me rozaran el cuerpo; que se me acercara rápido y me diera un beso en la frente, que me tomara la cara con sus dos manos y me dijera, mirándome a los ojos, que era la mujer más bonita de la Tierra y aunque supiera que no era cierto, me encantaba escucharlo. También que me llevara un ramo de flores cuando cumplimos una semana juntos. Que fuéramos caminando, me tomara la mano y me diera miles de besos. Pero los

días se acortaban irremediablemente y se acercó la fecha de nuestra despedida. No quería despedirme. Tal vez, por eso, lo eché todo a perder.

El día en que nos peleamos me había puesto un vestido que todavía tengo guardado. Me peiné y pinté los labios. ¡Quería que me encontrara tan bonita como decía que era! ¡Que me mirara con esos ojos que tenían la capacidad de hacerme crecer!, porque a su lado me sentía más grande, más bella, más mujer.

Habíamos quedado de encontrarnos en la playa a las cuatro. Pero me estuve probando todo lo que había llevado en mi maleta y me atrasé. Para cuando llegué, lo encontré en medio de su grupo de amigos, nada especial, todos conversaban, solo que había una chica –le decían Laly– muy producida. Era bonita, tengo que reconocerlo, piernas kilométricas y llevaba puesta una minifalda tan pequeña que casi se le veía el trasero. Le gustaba Ernesto, eso era seguro y él le seguía la corriente. No sé. Tal vez lo imaginé. Me sentí ridícula con mi vestido años cincuenta y escote insignificante por donde apenas había espacio para imaginar nada. La Laly, en cambio, tenía un escote portentoso y se veía muy bien dotada. Buscaba excusas para caer encima de Ernesto y él la tomaba de los hombros y la hacía a un lado.

–¡Ay! Qué estás pesado, negrito, ¿qué te pasa? –le preguntó la Laly.

–No me pasa nada, guachita –le contestó Ernesto y todos se rieron.

–No te hagas el quebrado, ¿no ves que somos varios en la fila? –largó uno de sus amigos y sentí que hervía de rabia.

Ernesto le puso las manos sobre los hombros y no pude dejar de mirar sus dedos encima de esa... ¡Los mismos dedos con que me tocaba a mí! ¡Quise pegarle! Estaba enfrente de ellos y en ningún momento él hizo amagos de acercarse a mí o ponerse a mi lado; por eso, la furia me impidió escuchar lo que hablaba el resto. Uno de los amigos de Ernesto tuvo que repetirme tres veces una pregunta para que la entendiera.

–¿Qué dices? –le pregunté como bajando de la luna y todos se rieron. Me llené de vergüenza.

Miré a Ernesto de reojo, pero él no se volvió ni una sola vez. La Laly le cuchicheó algo al oído. Era demasiado. Dije que tenía que volver a mi casa y me fui. Ernesto no me siguió, llegué sola.

Me eché en la cama y lloré.

Después de un rato (se me hizo eterno), sonó la campana del patio. Supe que era él y salí como un torpedo, furiosa.

–¿Qué quieres? –le pregunté.

–Venía a verte.

–Ya me viste.

–¿Y ahora qué te pasa?

–Nada.

–Ja ja ja –se rió.

–Estoy ocupada.

–¡Ah, verdad!, tú siempre tienes algo que hacer.

–Sí, es verdad.

–¿Por qué no me dices qué te pasa?

–Porque no me pasa nada. Además, estoy arreglando mi maleta y no tengo mucho tiempo –le contesté y me dolió el estómago.

–Bueno, entonces, adiós –dijo y se fue.

Di un portazo. Sentí ganas de decirle que era un caradura, que se fuera con su Laly a donde quisiera, que no me importaba nada. Pero me quedé callada.

Poco después sonó otra vez la campana y me quedé en mi pieza. Oí cómo mi tía Ema abrió la puerta. Era él, lo hizo pasar. Al rato, apareció por mi pieza y me dijo que Ernesto me esperaba en el living.

–Gracias –contesté cínicamente.

Me tendí sobre la cama y conté: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... La tía Ema se asomó de nuevo.

–Ernesto está en el living –dijo bajando la voz–. Te está esperando.

–Lo sé –le contesté

–¿Y qué esperas? ¡No seas maleducada!

–Ya voy –le dije y me levanté. Apenas lo hice me miré en el espejo, me pinté los labios nuevamente y me cambié ese ridículo vestido. Después, crucé por el living, sin mirarlo siquiera y salí por la puerta hacia el patio. Esta vez, Ernesto me siguió.

–¿Qué quieres? –le pregunté cuando llegamos a la playa.

–Saber qué te pasa.

–Nada.

–¡Ja! ¡Mentirosa!

–No estoy de humor para tus pesadeces –le dije y soné tan convincente que incluso me di susto a mí misma.

–No te entiendo.

–No importa.

–¿Cuándo te vas?

–Pasado mañana –le contesté y me tembló la voz.

–¿Y te vas a despedir así?

–...

–Ven –dijo y me tomó la mano– ¿Por qué peleas conmigo?

–No importa.

–A mí sí me importa.

No quería seguir enojada, pero no sabía cómo salir de ahí. Ernesto tironeó de mis manos y me miró. Me dejé llevar. Fuimos a caminar por la playa. Esa playa larga y solitaria. Durante mucho rato no nos dijimos nada.

–Alguna vez me vas a contar qué pasa contigo –dijo de repente.

–Tú tampoco eres tan normal, me coqueteas y después andas con esa.

–¡Estás celosa!

–No.

–¡Ja!, estás celosa, pero no deberías preocuparte. Nos reímos.

–¿Te veré alguna vez? –me preguntó de pronto.

–No lo sé.

–Me gustaría.

–A mí también –le dije y me dio un beso.

Un beso como el de ese día en la plaza, con las manos juntas y los labios apretados.

CAPÍTULO XXII

TAL como le pidió su abuelo, el chico se acercó a la chica y le pidió fuego. Ella pareció no escuchar porque tuvo que hablarle más fuerte y ahí fue cuando el pobre Ernestico, que gozaba de esa buena salud que tienen los hombres guapos y talentosos, se sintió desalmado. Literalmente. La chica tenía la cara triste de alguien que está por encima del dolor y eso lo descolocó. Le pidió fuego intentando controlar su voz que quería salir dando saltos, ella respondió que no tenía nada y él insistió porque sabía que su abuelo lo miraba y esperaba una respuesta. Pero, la verdad sea dicha, hubiese preferido sentarse a su lado y preguntarle de dónde venía, por qué nunca la había visto, y por supuesto, también, cómo se llamaba, quién era, qué

hacia ahí, ¿llegaba para quedarse? Saber, además, si creía en el amor a primera vista. Tal como sonaba. ¿Alguna vez le ocurrió mirar a alguien y comprender que esa persona le cambiaría la vida? No preguntó nada. Se limitó a hacer de recadero y volver donde estaba su abuelo. Al rato, la chica se levantó y el viejo intentó retenerla cuando pasó frente de ellos, pero ella no se inmutó. El anciano resopló, tenía que hablar con ella, era urgente, dijo.

–¡Oiga!, pero, ¿qué le pasa? –preguntó el chico.

El viejo hizo como que no oyó y se levantó con dificultad, el sol quemaba sus pasos. Mala hora para andar de paseo, pensó Ernesto, y más encima a su abuelo le daba por enloquecerse con una extraña. El viejo agarró tranco largo. La niña había desaparecido del mapa.

–Vamos a la playa –dijo el viejo y enfiló hacia allá.

Llegaron. No había pista de la chica. El sol les empapaba el cráneo, cuando Ernesto logró convencerlo de que volveran a la casa, de que ya estaba bueno de perseguir a una desconocida. El anciano no respondió, pero le dio la razón al chico, y lo siguió.

–Es este calor lo que nos tiene lesos –dijo Ernesto intentando animarlo.

Baquero se encogió de hombros, sentía un cansancio tan enorme que le costaba caminar. Entonces, Ernesto tuvo miedo. Temió por esos días que se escapaban, por el fantasma de una enfermedad cercana, por la muerte nunca pronunciada pero segura. ¿Qué le ocurría a su abuelo? Lo rodeó con su brazo cariñosamente. El viejo era su pilar seguro, el muro de contención al que se había arrimado durante toda su vida. ¿Cómo imaginarse sin él? Sintió una tristeza desconocida, la orfandad de quedarse solo.

–¡Eh! No se me ponga triste, ¿ya? –le dijo.

–Ernestico, necesito hablar con esa chica –contestó Baquero con los hombros caídos.

–¡Pero eso no es problema! Se la busco y usted le dice lo que tenga que decir, ¿qué le parece?

–¿Me lo prometes?

–Palabra de hombre –contestó el muchacho.

Así es que la buscó. Es decir, la hubiese encontrado de todas formas. A que no. A esa chica, él mismo tenía que decirle un par de cosas... Solo que no estaba preparado para ella. No lo supo hasta que la tuvo enfrente. ¡Uf!, era una mula, por Dios Santo, ¡qué mujer más llevada de sus ideas! Pero él la convencería, por el amor que le tenía a su abuelo que la convencería que fuera al cementerio y después, bueno, quién podía saber qué pasaría después.



Un día cualquiera, Baquero partió de madrugada al cementerio. No le avisó a María Emiliana. Ni siquiera a Ernesto, que a esas alturas actuaba como su sombra. Se vistió con su pantalón negro de tela brillante, se colgó la capa que le llegaba hasta las rodillas, se puso el gorrito con la Virgen y Jesucristo remendados sobre el género y salió.

Unas horas más tarde, María Emiliana tocó su puerta, pero nadie rezongó dentro; le dio un empujón y se llevó las manos a la boca al descubrir la cama estirada y la ventana abierta de par en par. Hacía calor, pero algo en la composición de la escena, hizo que sintiera frío. Un frío que le heló el alma.

Un pensamiento oscuro cruzó su cabeza como un ave de mal agüero: no volvería a ver a su padre. ¿Cómo lo supo? No más de ver el orden inmaculado de la pieza y, claro, porque en su clóset faltaba ese ridículo disfraz con el que andaba el último tiempo.

-¡Qué desastre! -se lamentó y se sentó a los pies de la cama llorando amargamente.

El llanto despertó a Ernesto. Un gemido se coló entre sus sueños y el muchacho se vio de pronto como un niño pequeño jugando en la entrada del cementerio. El lugar comenzaba a encogerse de tal forma que lo tenía entre las manos y lo movía de un lado a otro como quien sostiene una maqueta. Entonces, veía a su abuelo, una figurita diminuta cantando en uno de los pasillos. Lo llamaba, pero no le salía la voz; intentaba gritar, pero no había palabras, solo aire que se le escapaba por la boca. De pronto, sobre el canto del abuelo, escuchó llorar a alguien y algo, una vocecilla desde algún lugar del sueño, comenzó a urgirle: "¡Despiértate, despiértate!". Cuando por fin abrió los ojos y se despabiló con dificultad, alguien lloraba. Un gemido provenía de la pieza contigua, donde dormía su abuelo; se levantó de un salto y fue hacia allá.

-¿Qué pasa? -preguntó al ver a su madre sentada en la punta de la cama.

-Tu abuelo -dijo ella hipando.

-¿Qué pasó con él?

-Se fue.

-¿Cómo que se fue?

-No lo volveremos a ver, hijo.

-¡Ay, mamá! ¿Por qué se pone así? ¡No exagere! Seguro que está en el cementerio. Póngase algo y vamos a verlo -la animó.

Pero María Emiliana tenía razón. El viejo no estaba en el cementerio, ni en la plaza, ni en la feria. Ernesto pensó que sería bueno dar parte a los carabineros, una denuncia por presunta desgracia, pero María Emiliana se negó. Ella sabía que su padre había desaparecido y no lo volverían

a ver, así es que tal como andaba caminó hasta la fuente de soda y trabajó el día entero. Nadie le preguntó por qué se quedó. Nadie se atrevió a decirle nada. Ese día María Emiliana trabajó en camisa de dormir sin que la regañaran.



Con el tiempo en Caldera comenzó a escucharse otra historia. Dijeron que vieron aparecer a un anciano con una capa y un gorrito sentado en un banco de la plaza, que le compró un helado a un niño, que ayudó a una señora a cruzar la calle, que le dio agua a un perro. María Emiliana pensó que la gente se reía de ella, de su desconsuelo, de su padre desaparecido sin aviso ni motivo aparente. ¿Dónde estaría? No había día en que no se preguntara qué habría sido de su anciano padre y volvía a abrir la puerta de su pieza y volvía a sentarse a los pies de la cama. Entonces lloraba amargamente. Lo imaginaba solo y desamparado, con la mente desvariada, haciendo dedo en una carretera para llegar a quizás qué lugar a dar esos mensajes "del más allá" de los que siempre hablaba.

María Emiliana pensó que se reían de ella, pero los cuentos llegaban de todas partes. Decían que el viejito cantaba una música romántica, que en noches de cielo estrellado se podía escuchar la melodía que hablaba sobre una casa en el aire. Y fue así cómo comenzó a crecer una leyenda, la del animero del desierto.

La gente repitió que Baquero "no se había ido", que se quedó para cuidarlos a todos. Los mismos que dudaron de él, dijeron que había sido un hombre bueno, que como ninguno amó ese desierto de arena y piedras y, junto al Padre Negro, pusieron una pequeña estampa y le rezaron. Le rezaron por la tía, la prima, la hermana; rezaron por el

negocio, por el hijo que se fue a estudiar al sur, por la hija que estaba enferma, por el compadre que estaba endeudado, por la comadre que se había caído y Baquero escuchó y los ayudó. Así dijeron, que nunca dejó de atender una manda, que jamás dejó de ayudar a los que se lo pidieron, pues Baquero había llegado de Colombia para quedarse y jamás abandonó el desierto.

CAPÍTULO XXIII

EL día de mi partida, Ernesto no me fue a despedir. Mis tíos me llevaron en auto hasta el aeropuerto y dejé Caldera tal como había llegado, con angustia y pena. Ese día que caminamos por la playa fue el último día que lo vi. Ahora pienso que fue mejor despedirnos en buena y no con esa mezcla de sentimientos que me producía verlo en la playa con sus amigos, o ir a bailar y saber que era la última vez. Tal vez fue eso, sentir que todo era “la última vez”, lo que terminó por ponerme mal, sobre todo porque él se quedaba y yo me iba. Porque la Laly estaría junto a él todo el año y yo, quizás, podría regresar el año siguiente. Mejor fue no verlo. Estaba rancia. También, de una

manera irremediable, era triste saber que volvía a mi realidad, a mi casa de enfermeras, con mi papá que ya no era mi papá sino un enfermo de color amarillo transparente.

Lloré también en el avión que me trajo de vuelta.

En un momento, apreté los puños y mirando por la ventanilla, dije:

—Ernesto.

La azafata me ofreció un vaso de jugo.

—¿Te sientes mal? —preguntó.

Hundí la cabeza y la moví negativamente.

—¿Puedo ayudarte?

—No —gruñí.

Mi mamá me estaba esperando en el aeropuerto. Me abrazó con ganas y se puso a llorar.

—Tu papá no está bien, Cristina —dijo.

Me apreté a ella con fuerza.

—Lo sé, mamá —contesté y comprendí, por primera vez, el significado de las palabras del abuelo de Ernesto. Supe que él me había preparado para escuchar esto, porque no sentí desolación, me llené de paz, una calma infinita. Íbamos a estar bien, lo supe y se lo dije:

—Mamá, vamos a estar bien.

Ella me apartó para mirarme a la cara:

—Has crecido.

—Sí.

—¿Qué vamos a hacer sin él?

—Tener fe —le respondí.

—¡Ay, Cristina! —me dijo y volvió a llorar.

Entendí que todo este tiempo tan difícil era una

preparación no solo para mi papá, sino para nosotras. Él se estaba despidiendo. Nos había donado ese tiempo para estar preparadas. Y su agonía, había sido necesaria para todos.

No sé cuánto rato estuvimos abrazadas en la salida del aeropuerto. De pronto mi mamá me tomó la mano y nos fuimos caminando al auto. Desde ese momento, y hasta mucho después de que murió mi papá, no peleamos. Procuré no ser una carga, ayudarla en todo lo que podía, salir con ella, acompañarla en sus cafés. Darle tiempo para que saliera de vez en cuando, mientras yo me quedaba a un costado de la cama, acompañando a mi papá.

Durante esos meses pensé mucho en Ernesto, aunque no le escribí. Fue un tiempo difícil. Me dolía la piel. Lloraba por cualquier cosa. Lo único que me consolaba era acompañar a mi papá y a mi mamá. Tomarle la mano mientras él dormía.

Un día cualquiera, recibí un mail suyo. Me preguntaba cómo iban las cosas. Me decía que había sabido, por mi tía Ema, que mi papá estaba enfermo y quería hacerse presente. A su manera. No decía mucho más. No volvimos a hablar de amor, de si me gustas o no. Por eso no le dije que echaba de menos su voz, sus manos, mirarle la cara y reconocerme bonita en sus ojos, que me tomara de la cintura y me sacara a bailar. No dije nada. Pero estuve segura de que me echaba de menos, que se emocionaba cada vez que le escribía, que era importante para él.

EPÍLOGO

Mi papá se murió en abril de ese mismo año. No sufrió convulsiones, ni se ahogó. No tuvo otra parálisis, ni ocurrió nada de las muchas cosas con las que nos amenazaron los doctores. Discretamente, una mañana abrió los ojos y, como si reconociera a mi mamá, le cayeron un par de lágrimas. Mi mamá se dio cuenta de inmediato y le pidió a una enfermera que estaba de turno que me despertara. Llegué a la pieza en pijama. Mi papá respiraba ruidosamente. Había una atmósfera extraña en la habitación, algo reverencial, algo sagrado. Me acerqué discreta, con respeto y le tomé la mano igual como se toman las cosas que valen mucho. Le dije:

—Descansa en paz, papito querido.

Su respiración continuó acelerándose de manera ruidosa. Entendí que la muerte hay que merecerla, no es llegar y morir. A mi papá le tomó meses, a otras personas les lleva años. Aun cuando la vida y la muerte estén tan unidas, tanto, que nos separan unos segundos, nadie muere antes. El cuerpo de mi padre no daba más, sus ojos habían perdido el brillo y se inclinaron levemente. La mueca torcida en su boca se agudizó de manera que se le enchucó el rostro. Su piel era una capa blanquecina que sostenía un esqueleto. La redondez de sus brazos, de su abdomen y de su hermosa cara, cedió paso al cadáver; pero aún así, siguió respirando por una eternidad que para nosotros demoró doce horas.

A las siete de la tarde dejó de respirar. Fue un segundo, un parpadeo y todo había terminado.

Con mi mamá le sostuvimos las manos hasta que llegaron los de la funeraria. Salimos de la pieza abrazadas, le dije que la quería, que podía contar conmigo. Creo que la muerte de mi papá me obligó a madurar, porque de un minuto a otro quedaron atrás muchas diferencias que sentía con mi mamá y que meses atrás me habían parecido irreconciliables, pero que, bajo la perspectiva de muerte, perdieron peso.

Han pasado seis años desde entonces y, tal como me vaticinó el abuelo de Ernesto, entré a estudiar Letras. No sé si seré escritora, todavía lo que más me gusta hacer es leer. Soy una lectora compulsiva y sin remedio. Aunque en rigor, acabo de terminar mi primera novela, *El animero del desierto*, que será

publicada en los próximos meses. Pero, no sé, tengo dudas, pienso que la mayoría de las veces lo que escribo no es tan bueno como lo que leo, pero tal como me dijo alguna vez el abuelo de Ernesto, la vida conviene tomarla con calma y tal como viene. Detenerse. Respirar. Darse tiempo para mirar a nuestro alrededor. Y lo único que podemos hacer es nuestro mejor esfuerzo. Y escribir.

Ahora sé que la vida puede estar en cualquier parte, que la mayoría de las veces nos confundimos mirando hacia una ventana equivocada, cuando las respuestas muchas veces están a la mano, a un costado nuestro. Y para comprenderlo, tenemos que despertar.

